

Teófilo Eugenio Díaz



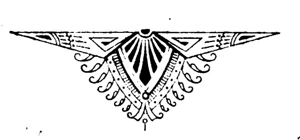
DESFILE

DE

IMPRESIONES

POR

TAX



MONTEVIDEO
DORNALECHE Y REYES, EDITORES.
Calle 18 de Julio, núms. 77 y 79
1896

Desfile de impresiones.

Desfile de impresiones.

Teófilo Eugenio Díaz

Desfile de impresiones

por

TAX

MONTEVIDEO
Imprenta Artística, de Dornaleche y Reyes
Calle 18 de Julio, núms. 77 y 79
1896

Mi prólogo.

Mi prólogo.

Todo escritor que recibe una congratulación debe hacerla sonar como moneda en su mostrador de ñandubay, y no admitirla si ha sido entregada por compañerismo, ó por propósito de estimular las letras, ó por razón de conmiseración á esfuerzos sinceros en ímproba tarea sobre facultades que la naturaleza no ha concedido con generosidad; ó por convenir adular posiciones oficiales, cuya aguja, como la del barómetro, baja siempre á tormenta ante el ceño adusto y la franqueza del solicitante.

Abrir crédito en un Banco á persona insolvente, es igual á conceder prólogos de ponderaciones mal avenidas con el mérito del favorecido.

Después del ligero bienestar que ha producido el artificial beneficio, viene una postración que suele durar toda la vida.

El prólogo tiene que ser oro recibido en cambio de valor real.

¿Qué se han hecho los autores que han solicitado de la benevolencia de otros acreditados é ilustres, unas páginas encantadas que sirvieran de alas luminosas para llegar á las alturas?

Los prólogos ajenos tienen que haber sido producidos por mérito excepcional de la obra, con la espontaneidad del perfume de un jazmín del Cabo aproximado á la nariz.

El autor de nota que se presta á escribir prólogos porque se los solicitan, compromete su austeridad y su sinceridad, transformándose de literato en modista de pájaros artificiales y flores de papel destinados finalmente á quedar *démodés* y á ser arrojados á las basuras de la tienda.

Nadie pida prólogos, ni permita que se escriban haciéndose creer que no han sido solicitados. El artificio sería tan resaltante como el adorno de un duraznero en su silueta intrincada de ramas secas de riguroso invierno, con florecitas rosadas de muselina imitando su traje natural de primavera.

El prólogo debe ser escrito por el mismo autor. Si éste se pondera, no se perjudica, porque el público juzga siempre del mismo modo las obras de quien no se coloca en las actitudes de modestia que las sociedades exigen en dosis extraordinarias á los literatos y á las mujeres respecto de su belleza.

Si una mujer dice en voz alta: *yo soy divina*, la sociedad observa, y si es tal, no le niega su juicio favorable.

Si un literato dice: esta humorada es muy filosófica y muy concreta; por ejemplo: el LINCHAMIENTO *es ola del mar de las ideas que hace zozobrar al pirata*, la sociedad no deja de alcanzar su mérito porque el mismo autor lo preconice.

Les llaman ridículos, ó inmodestos, ó locos en el mejor concepto, pero no los desatienden.

Respecto de otras manifestaciones del arte ó del trabajo, la sociedad no exige modestia alguna del autor ó fabricante.

El ciudadano que hace industria del valor cívico y de su honradez de funcionario, puede proclamar á cada rato que nadie le aventaja en honor personal, ni en civismo, ni en conciencia honrada, ni como cumplidor de sus deberes.

Á éstos la sociedad los admira con los gestos de la mayor seriedad, y no pecan por eso de inmodestos.

Lo mismo les pasa á los fabricantes de vino.

Pons, Vidiella, y Giot, que están caracterizados por la belleza de sus cepas y por lo exquisito de sus toneles, atruenan los aires con la propaganda de su mérito.

Contemplez nos raisins, nos caves, nos vins !....

Monsieur Giot, con sombrero de anchas alas de factor rural de Angoulême, montado en una yegua barrigona, recorriendo su parque frondoso y artístico, seguido de varios perros daneses, grises y negros, con bocas de caimanes y retozando al rededor de la yegua, á la que muerden por broma, haciéndola mosquear y brincar con éxito de Giot, que aguanta los balances gritando: *Pacha, Pénélope,* y les estira sobre el lomo la sotera del mancador *ad hoc*.

Pons, con su galera permanente, siempre obligado á presidir reuniones de *progresistas agrícolas*, cuyo traje de etiqueta es más obligatorio desde que esa clasificación les ha sido acordada por haber perdido su fortuna ensayando en *grande escala* para fortificar los nervios de las industrias rurales.

Vidiella, con su tronco de rusos á todo escape por la ciudad, no pudiendo acostumbrarse al talar del oficialismo, de que no puede desprenderse por más ligero que camine.

Preocupado de ver siempre las mismas caras en todas partes, incluso en lo de Charpentier, donde co-

men con frecuencia algunos empleados de Aduana, sus subalternos.

Con la nostalgia de su independencia antigua, con sus sentimientos amistosos por la *guardia vieja*, con su mirada de reojo á las tradiciones de compañerismo y de benevolencia, que desaparecen ahora lentamente sin poder evitarlo, y con la actitud del paisano cataléptico que mira inmóvil al zorro sutil llevarse su maneador de encima de su apero.

Nadie critica á los que ostentan sus méritos en ciertas materias, y en otras, la crítica admitida es de una severidad extremada.

Ningún escritor puede decir:

«Voy á ofrecer en folleto una colección de artículos muy interesantes, que no han sido leídos suficientemente porque fueron publicados en *El Siglo*, y ningún otro diario tuvo la amabilidad de hacerlos conocer; y ya saben Vds. que *El Siglo*, según dicen los *reporters*, es periódico de comerciantes, de gente seria que no lee literatura, que sólo se interesa por los precios corrientes y por los artículos de fondo, escritos expresamente para mantener la oposición al Gobierno entre la gente conservadora y enemiga del papel moneda.»

No puede decir esto un escritor; pero un zapatero puede exclamar: *he aquí las mejores botas y las más baratas.*

Mi prólogo es de exposición y no de ponderación.

Y declaro que si una vez descubiertas las telas, me contestan los visitadores lo que contestó un personaje bien sociable, conversante de una fineza exquisita y naturalmente cruel en su sátira, á un pintor que reclamaba con ahinco la opinión del crítico sobre un retrato de una niña entre flores, no recibiré decepción ninguna como el pobre pintor, que,

mortificado, retiró su trabajo de la sala de la exposición á su taller.

—*¡Solemne mamarracho!* —le dijo.

Yo, en cambio, sólo responderé: *trataré de agradar á Vds. otro día.*

*
* *

He suprimido las *Humoradas,* exceptuando las que dediqué al fonógrafo de Sainz Rosas.

Éstas son del género que conviene al escritor: son amables.

Mis artículos publicados aquí, son también de la misma índole.

Los artículos y humoradas que tienen fondo de crítica, de reforma, de insurrección contra el falso mérito, esas producciones que no convienen al escritor, porque en la guerra no se responde con dulzura cuando se tira con bala, han sido suprimidos.

¿Podré reunir varios artículos de exquisita amabilidad?

¿Podré ofrecer una canastita de castañas azucaradas á mis lectoras á propósito de coincidir la salida de este libro con el primero de año?

Yo mismo suelto una solemne carcajada al poner atención en estas ponderaciones; pero estoy de acuerdo con mi tesis: si viñateros, zapateros, y boticarios con su Emulsión de Scott, se anuncian y repican, *laissez-moi faire.*

Dando cuerpo á mi felicitación en favor de mis lectores.... ¡cuánto desearía poder ofrecerles una sombra de castaño, de inmenso castaño, cuya sombra diera espacio para un *pic-nic* de todos mis amigos lectores!....

No sé si he soñado ó si lo ví á orillas de una ca-

rretera de las Palmas, cerca del valle de « La Lechuza ».

Era un castaño cuyo tronco no podía ser abrazado por tres hombres; su fronda se extendía hacia los lados, en proporción á su altura excepcional, y los mirlos mansos y cantores se cruzaban de rama en rama, sacudiendo sus alas en las anchas hojas.

En aquella región de los castaños, los mirlos abundaban como los mistos color palitos de yerba en las plantaciones de nuestras chacras, y sus canciones pausadas, sus acordes *maestosos*, trayendo la idea de la propia vanidad del mirlo que se escucha y se pavonea con causa, producía intervalos de silencio á los paseantes favorecidos por la sombra oxigenada con las emanaciones de los brotos verdes y transparentes multiplicados al infinito en aquel maravilloso árbol de navidad de los mirlos.

Se ve, pues, todo mi buen deseo por los que me leen, al augurar su felicidad bajo la protección de la naturaleza en todo lo que tiene de halagadora.

Debajo de un castaño viejo y frondoso oir las canciones del mirlo, el más brillante artista de los bosques, sin contrata, sin celos, y levantar una copa sacada de las canastas de provisiones preparadas por nuestras elegantes amigas, de tacto culto, de movimientos inconscientemente voluptuosos, para brindar sin ninguna preocupación ni recelo, á las nuevas esperanzas, al nuevo año, al triunfo del mérito, á la benevolencia, al ignorado genio que guía nuestras almas.

TAX.

El concierto.

El concierto.

I

En una mañana, durante la primavera de 1870, un carro de mudanzas lleno de flores, de hojas de eucaliptus, de ramitas de palma, de plumeros de sauce recogidos en varias quintas del Camino del Prado, al enfrentar á la estación del Paso del Molino, atropelló á un wagón del tranvía, produciendo una pequeña ruptura en él, y una inmensa alarma en el jefe de la estación, bien penetrado de que el Directorio, por esa lógica peculiar á todos los capitalistas cuando proceden en corporación, le iba á hacer responsable de la avería y á *pasarle un responso* en nombre de la conservación del material de la Empresa.

En breve una multitud rodeó á los actores del incidente, aunque parezca exagerado, en sitio solitario, donde nadie cruza á las 9 de la mañana y figuran melancólicos los paraísos de la avenida, dando sombra sólo grata á su propio tronco.

Pero no hay exageración si se observa que la gente suele ser como los tábanos en el monte, que se reunen improvisadamente al sentir la tibieza producida

en la atmósfera alrededor de algún buscador de nidos que se ve obligado, por la fruta del tala ó los dulces *sapotís* del quebracho, á desprenderse la cintura y agacharse en los yuyos.

Una gritería de cocheros, el ruido de la carreta que desprende sus varas y descarga la piedra, un muchacho haciendo sonar una corneta ronca sacada en premio de la boca del muñeco, un canto matinal con bandurrias debajo de un balcón tejido de madreselvas y con claveles rosados en latas de kerosene: todo esto en paraje donde un empleado de la estadística creería inútil su oficio, estimula la curiosidad y en breve las moscas humanas rodean el producto.

—¡Eh!.... *lo caballito son nuovi*....—decía con calma el conductor del carro, mientras el guardia civil sostenía de la brida el cadenero.

—¡La indemnización, la indemnización ante todo! Yo represento al Directorio, — vociferaba el jefe.

— *Io anche ripresento la Società per portare fiori a Solís; io non ho ninte de indennizare; lasciatemi andare.*

— No te muevas, gringo, hasta que venga el Inspector, porque te reviento de un mangazo, — dijo el guardia civil.

En ese momento, un miembro de la Comisión de Adornos llegaba alarmado al Paso del Molino, en busca de las flores demoradas.

— Señor jefe: estas flores son para el adorno del escenario esta noche. En nombre de la Sociedad de Amigos de la Educación Popular, quiera usted permitir la salida del carro.

— ¿Y qué tienen que ver el concierto y las flores con el choque, con el wagón, con el Directorio, con el material de la Empresa?

— Si usted no lo entiende naturalmente, toda explicación será inútil.... ¡abur!....

El inspector de policía esperado por el guardia civil, alcanzó á oir el diálogo entre el jefe de la Estación y el miembro de la Comisión de Adornos, y dirigiéndose al primero, exclamó: — Paisano, no ve que las flores se van á marchitar.... y yo tengo una parienta en los coros.... tome el número del carrero y haga después su reclamo.... Á ver, vigilante!.... déjelo ir al italiano y despeje la calle.

II

La Sociedad de Amigos de la Educación Popular es una institución que justifica perfectamente la opinión corriente de que los amigos son siempre pocos.

Hace más de veinte años que funciona, y apenas ha podido atraer á su alrededor una veintena de personas que se interesen por ella.

Ha mantenido con mil sacrificios un solo colegio, y no luce, ostensiblemente al menos, ningún discípulo que pueda competir en cualidades intelectuales con sus famosos directores.

Son famosos porque son severos, rectos é infatigables al exigir imperiosamente su deber á los maestros; pero nuestro clima andaluz no admite el trabajo con la tenacidad de los alemanes, ni las familias están dispuestas á sacrificar los mimos á sus niños por la pesada tarea de la educación extra-seria.

Una escuela organizada con la firme voluntad de educar bajo las energías principistas y éuscaras del á la vez chispeante *Grand Canard*, en línea distinta de la del sabio educacionista filólogo, especialista en

el idioma de los recién nacidos, no puede progresar con niños que se visten á la moda, que toman Emulsión Scott, y que presentan sus deberes sin errores.... porque la madre se los arregla para que el nene no haga una mala figura.

La organización de la Sociedad de Amigos aleja la concurrencia de los niños aristocráticos, porque el rigor de la tarea encoge á las madres mucho más que el rigor del castigo; y así, ¿qué discípulos sobresalientes podrá ofrecer, si los educandos son generalmente de familias pobres, que envían á los niños al colegio mientras incomodan con sus travesuras en la casa?

Cuando el niño empieza á saber más que el padre, frecuentemente robusto y sano por el ejercicio de una industria activa, el niño lee en voz alta el diario y le sacan de la escuela, porque ya tiene suficiente educación para lo que era y es su padre, muy orgulloso de repetir en su tranquilo hogar, frente á frente de su compañera fanática de un amor rústico y repleta de agradecimiento al sexo, que él se bastó á sí mismo con su propio trabajo, y sin libros, y sin maestros.

Es mucha filosofía decir estas cosas; pero ya es hábito admitido entre novelistas ó conversadores gratos, dignos de imitarse, mezclar observaciones que pueden servir de fundamento á reformas de costumbres con la exposición amena de una trama ó de una historieta.

La Sociedad de Amigos es un centro de fuerza no utilizable hoy en toda su eficacia, por nuestra desorganización, por los malos hábitos de nuestras familias, que viven llenas de pavores é incertidumbres con sus hijos y carecen de la energía y persistencia de conducta razonada para preparar ó dejar preparar el espíritu infantil.

Es una especie de cuartel del orden, de la tenacidad, de metódica ciencia, la sociedad de los pocos amigos de la educación popular, que á la vez que inspira veneración en reconocimiento de altos méritos de los que la apuntalan, mantiene retraídos á los niños, porque la disciplina del estudio sin contemplaciones, es enemiga de la debilidad de nuestros caracteres.

El gran concierto á beneficio de la Sociedad de Amigos demostró aquella veneración.

Las damas más distinguidas de Montevideo concurrieron con elevado espíritu de caridad, sin preocupaciones ni hipocresías de secta, á presidir como acto de sociabilidad, la noche plácida y melodiosa, artificiosamente combinada en el escenario de Solís, por los jardines de Montevideo, descollando los ramos tradicionales de la quinta de Fariní; por las señoras de Mollo y el señor Carmelo Calvo, como directores y caudillos de coros revolucionarios é indisciplinados, por las más admiradas aficionadas al canto, por arpistas, copólogas, violinistas, casi artistas formadas en la imitación de lo bello de nuestras familias pudientes ó apasionadas del arte; por el adorno de gusto en que predominaba la extravagancia del hombre de mundo en oposición con la rutina modelada del adornista; por la luz profusa é intensa, que en juego con el titilar de los ojos de nuestras criollas, entibiaba sus descotes blancos y rosados, prisioneros de una conducta irreprochable, como plantas marinas ondulantes sobre dura roca en iluminado *aquarium*.

III

Á dos miembros activos de la Sociedad favorecida, estaba encomendada la organización del concierto en sus principales detalles.

— Señora: conocedora la Sociedad de Amigos de la Educación Popular de los sentimientos nobles que animan á Vd., venimos á solicitar el concurso de la estrella, la hija de Vd., para formar parte, en primera línea, del concierto que se organiza en beneficio de aquella institución.

— Pues, señores, — contestó la señora, — tengo el disgusto de manifestar á Vds., que, á pesar de mis sentimientos humanitarios, no estoy dispuesta á que mi hija sea tratada con la descortesía que Vds. han usado para con ella; mi hija es la primera de las aficionadas al canto y ha sido siempre agasajada, y ahora la postergan, la dejan para última, cuando ya están vistas otras muy inferiores.... pero que Vds. creerán mejores, porque se dan tono y quieren pasar por primera aristocracia....

— Mamá.... ¡por Dios!....

— Señora, explicaré á Vd. el motivo de nuestra demora, — dijo lo más suavemente el trigueño de los miembros activos. — Como no es posible imaginar que un concierto pueda realizarse sin el concurso de su distinguida hijita, fué contada como segura....

— Perdón, — exclamó entonces el rubio de los miembros activos, imponiendo silencio con aire de decidir patriarcalmente el conflicto. — *Sui victoria indicat regem,* señora mía.... Lo que mi compañero ha dicho es completamente falso.

—¡Falso!.... *Possum mori quœm fœdari.* Puedo probar que su hijita de Vd. es la primera anotada en el memorándum del concierto.

—¿Conque me desmientes de una manera audaz?.... *atumque supinum.*

—¡Qué atunes, ni qué salmones!....vamos á la calle.... respetemos esta honorable casa.

—¡Se insultan en latín!... un lance sangriento.... *mija:* diles que tienes tu traje pronto.... que todo es una broma.... ¡qué mal momento para mis amagos....

—Señora: nuestra reconciliación es absoluta; tranquilícese.... pedimos mil disculpas.... y ofrecemos comunicar en breve el sitio y la hora del primer ensayo.

Famoso é inmortal recursó fué la aparente contienda iniciada por una mirada de inteligencia, y como remedio extremo contra una situación ridícula que la actitud de la señora creaba en perjuicio de dos presumidos de elegancia y festejadores insignes.

Los insultos en latín decidieron del éxito más completo del concierto.

Aparte del fin primordial y noble de la estrepitosa fiesta, la sociedad de Montevideo, movida por el *esprit* de los dos miembros activos, se sentía inclinada con la mejor voluntad á prestarles benévolo apoyo.

Sobre todo el miembro activo de pelo rubio, de aristocrático nombre, de brillo tradicional en la sociabilidad del Plata, de talento sólido, cultivado con 500 volúmenes de la *Revue de deux mondes,* dispersos en su habitación estudiantil, adornada con algunos muebles viejos y feos, pero de estilo inglés, con la aureola de futuro propietario de una Granja-condado sobre los médanos de Carrasco, con la preocupación inteligente de su propia posición, y un sentimiento de dig-

nidad desarrollado en alto grado, era bien digno de que en la solemne ocasión del concierto, las notables madres abrieran sus cómodas y armarios de caoba maciza y revolvieran sus cofres y cajas alcanforadas, desempaquetando puntillas de Chantilly, viejas joyas que sólo sientan á matronas gordas, y abanicos que no hacen viento, de paisaje de cabritilla gruesa y varilla tupida de nácar cincelada y placas de oro; así como era igualmente digno de que algunos productos jóvenes, y también naturalmente notables, exclamaran para sus adentros: ¡quién pudiera trepar á ese *palo enjabonado!*

La distinguidísima señora doña Paraíso C. de Cots ofreció su casa suntuosa, cerrada desde muchos años, para que tuvieran lugar los ensayos.

Ofrecimiento que coincidía con la curiosidad de conocer los muebles y alfombras que acababan de llegar de Europa y que venían á enriquecer asiáticamente la casa.

El primer ensayo fué una audiencia preparatoria de distribución de músicas y clasificación de las voces, que hacía efecto semejante á la afinación de la orquesta, y concluyó por una tertulia, en que no era posible guardar las formas más estrictas de la etiqueta.

Los guardias de honor, que ya habían sido designados, consultando en lo posible simpatías conocidas ó denunciadas discretamente, no estaban todavía avenidos á la sujeción que les imponía su puesto, y un vaivén y una agitación excepcional de todos con las preocupaciones del concierto, caracterizaban la fiesta por una amenidad y una alegría difícil de que pudiese volver á producirse.

La alfombra del salón principal, de Smirna, mullida como vellones de oveja, contrariaba á algunas

niñas del coro que reconcentraban su coquetería en sus diminutos zapatos, escondidos en lo espeso del cortado como los zuecos de las aldeanas en la crecida alfalfa.

El *bishop* rosado al *maitranz* en copas de muselina dibujadas de castillos del Rhin, desplegó todas las banderas de la animación.

—¡Bravo, señora Roselinden!... vuestra bebida es el secreto de las bellezas de Cologne á Biggen. El viajero que no toma Johanissberg, cuando atraviesa el río de las leyendas, no encuentra placeres en sus preciosas orillas.

La señora Roselinden, autora del *bishop*, era íntima amiga de la señora Paraíso, y concurría á las atenciones de la casa por un hábito contraído en largos años de vida social exquisita; lo que no impedía algunas temporadas de vida de campo, durante las cuales el señor Roselinden no permitía otra comida que el *asado con cuero*, contra lo cual protestaba inútilmente su hija, distinguida, de preciosos cabellos de color *Haut Graves*, acostumbrada al sabroso jamón crudo y al *Sauergans*.

—¡Oh!.... Strauss con unas copas de *bishop rosado* es inmensamente superior.

¡Qué divino el wals Danubio!....

La señora Roselinden hacía prodigios en el piano.

Era aquello un concierto soberbio dentro de la preparación de otro concierto.

IV

—Valeria, ¿me promete Vd. regalarme el papel de música que le sirve á Vd. para cantar en el coro del *Juramento?*

—¿Vd. quiere todavía otro papel, además del papel de farsante que Vd. está desempeñando conmigo?.... No hay inconveniente: será suyo cuando el concierto se acabe.

—Déjeme ensayar una frase; supóngase Vd. que yo estuviera enamorado de Vd. y que empezara á festejarla....

—Es una suposición que su superficialidad no puede tolerar. ¿Quiere Vd. fingirme probablemente alguna pasión para numerarla después y entretenerse con su estadística de declaraciones insípidas?

—Vd. se defiende antes de tiempo, y me está pareciendo que no le disgustaría á Vd. que empezara, por vía de entretenimiento, á decirle lo que á Vd. le gusta tanto que le digan: que es linda. Pues bien: ¿á qué yo le digo á Vd. una frase que nunca ha oído?

—Las frases que le habrá dicho á Judith. ¡Quién no las sabe!.... y soltó una carcajada.

—Cuando Vd. ríe, se figura Vd. que luce los dientes; pero es claro que si parecen perlas, es porque se los limpia con polvos del Japón.

—Dígame la frase.

—No se ría delante de mí, porque me gusta la fruta, y su lengüita colorada y sana parece un pedazo de corazón de sandía.

—¡Qué hombre comilón éste!....¡Dios mío!.... Si Vd. llega á casarse con una mujer rica, le va á fundir su fortuna en frutas.

— Las ricas no me gustan, porque desprecian la extravagancia, que es mi único capital.

— *¡ Pretencioso !*

— Me gustan las pobres, pero de una belleza incomparable. La virtud, el afecto, el llanto con la conducta y el talento forman un buen techo de paja brava ; pero.... piense Vd. en el efecto que hará una mujer virtuosa, pero fea, acariciando con manos descarnadas ó mirando tiernamente con ojos de mochuelo.

— Entonces Vd. no debe ensayar festejos de ocasión conmigo, *porque yo soy horrible*.... no le quepa duda.

— Voy á probar á Vd. que lo creo; yo también me considero horrible, y los dos formaremos un cuadro tan horripilante, que merecerá exhibirse ante toda la concurrencia de Solís la noche del concierto.

— ¡ Ah !.... desgraciadamente no podré estar separada de Vd., porque la señora de Roselinden, que fué la que designó los guardias de honor, tuvo la.... buena ocurrencia de ponerme bajo su protección y homenaje. Vd. es capaz de creer que yo le he pedido á aquella señora que lo nombrara á Vd. mi guardia de honor.

— No; el primer puesto de honor es atender á Vd., Valeria, como la preciosa reina del concierto, sin pretender imitar á Sila: *piuttosto Spartaco* (y vaya esta frase en italiano con permiso del caro profesor Desteffanis).... y ha sido rogado por mí á la señora Roselinden.

— Y lo pedí — continuó el galante — no con propósito de incurrir en la vulgaridad de ponderar á Vd., sino por establecer con su buena amistad, hablando muy seriamente, una relación que es la única posible, tran-

quila y justa, ante la imposibilidad de encontrarme en el concierto con Judith, á causa de su reciente duelo.

—¡Qué preciosa Judith!—dijo Valeria—. . .¡qué claridad en su cara, qué colores, qué esbelta, qué encantadora!. . . .

—La verá Vd. en la sala: tiene el palco número 45. Va á llamar la atención, porque el luto le queda admirablemente.

Parecerá un cisne negro con el cuello blanco.

—. . .¡Cómo está este hombre de enamorado!—dijo Valeria—. . . . Y con razón.

—Atravesemos estas neblinas y pasemos á nuestro cuadro horripilante,—dijo el guardia.

—¿Quiere Vd. presentarse la noche del concierto, de blanco y pelo suelto, sin ningún adorno, con su sola naturaleza?

—Aceptado, porque. . . . es más barato.

—Bien. Vd. será colocada la primera en la línea de las cantantes y coristas, frente á la fila triple, como el extracto de Lubin, de la Comisión de matronas.

—¿Cerca de los tubos de gas?

—Precisamente. Cuando concluya la primera parte del concierto, toda la comitiva del escenario, según el formulario, se dirigirá al *buffet*. Nosotros seremos los últimos en movernos, y necesitamos buscar un pretexto para quedar solos en el escenario. El efecto va á ser estupendo.

—¿Y cómo haré para demorar?—dijo Valeria, aceptando muy agradablemente la idea.

—Muy fácilmente. Finja Vd. como Vd. sabe fingir. . . .

—No quiero fingir; si Vd. cree que yo finjo siempre, no acepto.

—Valeria: me corrijo; finja Vd., por primera vez,

que la cola de su vestido se ha enganchado en un clavo, y entonces me encargo yo de la comedia, dando vueltas y revueltas, mientras las parejas vayan desapareciendo del escenario. De ese modo figuraremos por un momento solos; la llevaré á Vd. hasta el sitio que ocuparía el apuntador, y de allí nos deslizamos hasta el fondo, dejando con la boca abierta á los espectadores. Yo tengo un pantalón bien cortado.... Ya ve si merezco su papel de música como premio á tanta inventiva.

—Acepto el trato; pero que esto sea nuestro profundo secreto....

V

Imagínese aquella noche cada lector, si tiene imaginación; porque es facultad ésta que, así como el filón de cuarzo aurífero no aparece en todos los suelos, la imaginación artística no es prenda de todos los cráneos.

¿Por qué no se producen hoy reuniones selectas, artísticas, donde brille el tacto y gusto de la gente romántica?

En los tiempos del concierto espléndido existía espíritu de asociación, grupos de amigos que fortificaban su espíritu con el homenaje á sus amigas, y se concurría á su bienestar enalteciéndolas con una permanente asiduidad caballeresca.

Las tertulias y frecuentes reuniones tenían el interés moral de la sociabilidad, y el círculo se concretaba á las personas vinculadas por motivos naturales y sencillos.

Hoy, todos los eslabones de la fina cultura están

quebrados; las vinculaciones se establecen por disimulos de una política, que tiende á dar predominio á lo que Luzbel ha lanzado con brillo á la claridad, disimulando lo ignominioso del abismo.

Los bailes, que son escasos porque no pueden ser homogéneos, tienen sólo el brillo del ropaje de alto precio con que la sarcástica modista iguala á la casi muda, que no sabe sino saludar y reproducirse, con la mujer de educación esmerada y de mérito social.

La asociación no existe sobre el cimiento de lo noble y de la lealtad.

Cada casa está defendida por ella sola; cada hombre vive por su propia inspiración y sin vínculo de solidaridad con los otros.

Los partidos, que son los principales motores de la vida administrativa, social y política, están sujetos á una autoridad personal.

Los oradores no tienen sitio, porque no hay multitudes que, sintiendo corrientes de afecto y de gloria, necesiten conmoverse con la elocuencia.

Apenas si el cónsul de las estepas heladas ha podido sostener sobre la terraza *over the sea* de los Pocitos una solidaridad aristocrática en pequeña escala; pero sin glóbulos rojos, aunque no tan pálida, por cierto, y tan sin sangre como los muergos respirando en las arenas remojadas.

VI

El momento supremo del concierto había llegado.

Varios miembros de la Comisión Directiva de la Sociedad Amigos de la Educación Popular, entumecidos de emoción y de corbata blanca; las ilustres

damas de nuestra brillante sociedad, nuestras bellezas, nuestras graciosas muchachas como flores enigmáticas y que más tarde fueron, unas, alcaloides, y otras, calmantes. Las dos cazuelas no criticaban desfavorablemente, por el espíritu afectuoso que presidía la fiesta.

Aquella noche la cazuela había dejado de ser *el tendido* disimulado ante *las corridas* de la platea y de los palcos.

Los sillones brillaban por las cabezas de marfil, por la claridad de los trajes, por las joyas del día de bautizar que en esas oportunidades lucen las mujercitas, con la conciencia de que las han merecido en retribución de sus movimientos espontáneos.... de caridad y de sus finezas.

La primera parte del concierto concluyó con la romanza *Stella Confidente*, que mereció los honores del bis, cantada por la ya célebre Madgason, rival de la pequeña Patti — la delicada Susa.

Era el momento de lucir las *toilettes* las damas y señoritas del escenario.

Valeria, con un falso aire de contrariedad, hizo un movimiento encogiéndose hacia el lado derecho de su silla, y el miembro activo trigueño comprendió que debía empezar su tarea. Con el abanico y el papel de música de Valeria en la mano izquierda, se agachó y empezó un trajín con la mano derecha, con sumo tacto, dando vuelta de un lado á otro la cola del vestido de Valeria, hasta que el escenario quedó solo.

Se incorporaron, se sonrieron, se adelantaron á los tubos, y el teatro entero, que se mantenía en profundo silencio, dejó escapar, ante la esplendidez de la pareja, una exclamación de admiración semejante á la de una multitud, de noche, al brillar en las alturas un cohete con luces rojas en forma de paraguas.

—Valeria distinguida: estoy arrepentido de este *truc* que hemos hecho. ¿No interpretará mal Judith mi conducta inocente?

¿No confundirá nuestra buena amistad elevada y antigua, con supuestos galanteos?

—Mi distinguido guardia: Vd. ha nacido para hacer sufrir, y no es responsable de su destino.

— Sufrir.... sufrir.... diga Vd. una palabra más....

—Hacer sufrir á las otras.... no se precipite....

—¿Y á Vd.?....

—¿Á mí?.... me hace reír.

—Bebamos una copa de Champagne.

VII

De vuelta á la sala, el cisne negro no estaba en el palco; varias señoritas se habían retirado enfermas de ... calor.

El concierto siguió y concluyó para todos entusiastamente.

Sólo el guardia de honor de Valeria empezó á distraerse, á olvidar á su compañera, y eran visibles su turbación y sus desatenciones con la reina paseada en frente de los tubos.

—Guardia: parece que esta vez no es mentira.... corro el riesgo de que me deje Vd. sola. No vaya á abandonar su puesto de honor; acompáñeme hasta el coche, y reciba Vd. el cumplimiento de mi promesa. El papel de música es suyo; lo merece bien.... pobre.... por el mal rato que le he hecho pasar.

— Valeria: Vd., con su crueldad, me hace presentir un desastre.

. . . .

Al día siguiente, los dos miembros activos recibían felicitaciones á montones, y el guardia de honor de Valeria, además de ellas, una carta de Judith en pequeño sobre, que decía así: «Su conducta de anoche, « como esclavo más bien que guardia de honor de « Valeria, ha flagelado mi amor propio. Vd. ha querido destrozar para siempre nuestras apenas iniciadas simpatías. Tire todas las flores que yo le « he dado. — *Judith, el cisne negro.* »

Entrada del invierno.

Entrada del invierno.

EN CASA DEL SEÑOR MINISTRO INGLÉS

Nuestra iglesia, cada día más poderosa, como consecuencia de nuestros desalientos, de nuestras inquietudes por el porvenir, de nuestros porrazos financieros; la iglesia, que es el grato refugio de los que vacilan, de los que se estremecen ante lo engañoso de la vida, de los caídos desde la altura de los placeres y las arrogancias de lo vanidoso, combate formalmente el baile, porque es una fórmula de liberalidad social, donde la preciosa católica puede ser atendida y festejada por el más brillante admirador de Giordano Bruno.

La iglesia es una permanente conquista, y su primera tendencia es estimular en la mujer, como único placer, la vida de las asociaciones por la enseñanza ó por la caridad, haciendo preferir á las galas mundanas, las divagaciones imaginativas sobre las alturas sagradas, que los colores de los vidrios de las altas ventanas fortalecen, mientras durante largas horas

las devotas, sentadas en sus alfombritas, sobre el marmóreo piso de la iglesia, cambian frecuentemente de postura, para evitar que se les *duerma la pierna* en que acostumbran apoyar su natural precioso cargamento.

No se puede preparar, pues, un gran baile en Montevideo sin luchar con la oposición seria de las niñas católicas, y en consecuencia, declarado estadísticamente que la sociedad uruguaya es casi toda ella una asociación de misticismo, hay que reconocer que los bailes van en decadencia y que en breve *El Bien*, como dístico de su propaganda, establecerá el pensamiento siguiente: *La frivolidad de las sociedades está en razón directa de sus grandes bailes.*

Madame Baring, con su tradición de gran mundo, se propuso romper ese hielo producido por el *claustrismo* (término nuevo), y consiguió realizar un precioso baile con el concurso de una docena de niñas católicas, en quienes su talento, su belleza y su arte para vestirse, impiden que el amor á las bóvedas perfumadas de incienso, sea superior á las espontaneidades de la vida brillante.

Mucho había de habilidad católica en los arreglos de la casa. El patio, de mármol de Carrara, semejaba un Templo de Arte donde podrían figurar las más bellas creaciones estatuarias del Vaticano.

Los detalles de lujosos salones, los tapices de diversas telas, las miniaturas, los *bibelots* de pedrería, como promesas de millonario á un Señor de la Paciencia *sin guigne.*

Todo recordaba las pompas de nuestro culto.

Indudablemente, en las flores, en la luz, en el lujo del decorado con detalle artístico, había presidido una adoración religiosa.

Aquello era un precioso altar erigido á una Virgen

de cisne y de oro, — á la señorita Baring, contemplada como la Santa de la noche, distribuyendo en ficción, imágenes de dulzura y de benevolencia á sus amigas uruguayas y á todas sus amigas distinguidas.

*
* *

El cónsul general de Inglaterra, á quien los uruguayos de la guardia vieja pueden llamar Alfredo Grenfield á secas, como se cita á los hombres de talla, en razón de vinculaciones de los buenos tiempos, que no se extinguen; con su cojera imitando á Lord Byron, se paseaba, con su frac de cuello de terciopelo, por el patio de mármol, y recordaba con tristeza sus veinte años ante el *precioso altar iluminado.*

*
* *

Un grupo distinguidísimo de raza sajona se complacía en provocar frecuentemente la atención y la palabra de la señorita Baring.

El ministro norte-americano, con el aspecto de varios ilustres *yankees* que han conmovido al mundo con sus ejemplos, ejerciendo las primeras funciones; su señora, alta, esbelta, de *toilette* esmerada, la fisonomía característica, inspiraba la idea de una mujer de superior inteligencia y de firme carácter; Missis Theobald, la aristocrática inglesa trigueña, una de las figuras elegantes de nuestros antiguos bailes en el Club Uruguay; Missis Hunderson, de blanco y verde, á doble efecto, pareciendo á veces criolla y otras veces inglesa, muy contrariada con la presencia de Mister Wingate, continuamente preocupado en

llevar á Mister Hunderson á componer *las curvas* del Ferrocarril Central; Missis Morice, con su preciosa cabeza de oro vivo; Missis Foley, con la arrogancia y corrección propias de una esposa de comandante de esos actuales buques de guerra de precioso panorama en el mar, y que podríamos llamar un *bibelot* del abismo; Missis Fleury, de negro y de rojo, con esa suavísima frase que es la forma de su talento.

Madame Baring, con una *rivière* de brillantes que la inundaban de luces y reflejos, y con el sentimiento común á toda buena madre, al recibir felicitaciones por el esplendor de su hija, no queriéndola ponderar en los más sobresalientes méritos, exclamaba:

—*Le pas de quatre c'est seulement pour ma fille.... elle danse très-bien.*

Y era perfectamente cierto.

El *gentleman* inglés por derecho consuetudinario, pero bien uruguayo en el fondo, encontraba muy justa la observación de Missis Baring; y agregaba:

—*Et mon fils Ildéphonse est le seul qui danse très-bien le pas de quatre.*

—*Il faut les faire danser ensemble.*

Ildefonso, con más aficiones á los climas cálidos, se inclinaba á las rosas de Esther, y á su palabra almibarada, según la frase de un poeta argentino, que también dijo, como muchos (quién sabe si tan oportunamente) «.... *encubre tu sonrisa celestial.*»

Las rosas estaban de moda. Las dos señoritas de Lasserre y Legrand formaban, con Esther Acevedo, Chela Herrera, María Luisa Díaz, Carmen Gurméndez y Rosina Arocena, el ramo de rosas á la moda.

Rufino se acordó de sus tiempos y tarareó muy bajo el wals de las Rosas, de Olivier Metra.

Elena Lafone, Elvirita Piñeiro, Julieta García, Mer-

cedes Vidal, María Teresa y Manuela García Lagos, figuraban como preciosos estuches de mérito intelectual y artístico.

La más brillante por su color, por su boca, por su vivacidad, por su adivinado modelo, por las gratas impresiones de su declamación en monólogos, formaba sola como una enredadera del bosque de raro perfume.

Mercedes Folle, de color paja, era también única; el peinado tapando las orejas, á la moda actual, le servía de pretexto para no oir canciones que encontraba desafinadas.

—¿Quiere Vd. aceptar un *marron glacé?*

—El ofrecimiento es muy intempestivo, porque recién entro al comedor.

— Tiene Vd. razón.... casi imito á cierto pretendiente que pasó á su festejada una taza de chocolate, mientras estaba entretenida con un plato de fiambres con que inauguraba su cena.

— Por la gracia le acepto el *marron*.

— Si no lo quiere, colóquelo de *cible* en su sala de tiro.... ya sé que es buena tiradora, y conozco su arma favorita: el talento.



Cuando se abren las puertas del *ambigú*, se nota en el acto un movimiento inusitado.

Mister Baring, sumamente atento, atravesó el patio con una fuente de pastelitos de ostras, para atender á una señora que no quiso salir del cuarto oficial, donde figuraban todas las banderas del globo, en razón de que no se había presentado con *toilette* apropiada.

El contenido de aquel cuarto ó pequeño saloncito oficial, era mucho mayor que lo que se hubiera podido imaginar cualquiera á simple vista.

Cuando se produjo el desfile de todo lo que contenía el sáloncito, nos figuramos á Mister Baring como un prestidigitador sacando objetos preciosos de un sombrero de copa.

Todo el mundo esperó en vano distinguir la presencia del Presidente; pero los representantes del Poder Ejecutivo en el baile fueron S. E. el Ministro Miguel.... ¡ah Miguel!.... S. E. el Ministro don Juan José Díaz, y el señor Secretario privado del Presidente, el doctor don Ángel Brián, que no sabe bailar lanceros, porque les pisa las colas á las damas.

Los representantes del P. E., á excepción del señor Ministro de la Guerra, estaban *delicados de salud* y no les convenía figurar por el patio de mármol, así es que se detuvieron en el *ambigú* con sumo placer.

La sobriedad inglesa, y la discreción á que obligaban las disidencias sobre *Waterworks,* determinaron brindis breves.

Mister Baring: — « La Inglaterra, leal amiga de la República del Uruguay, está obligada moralmente á garantir su neutralidad en todo caso, siempre que los nuevos contratos de aguas corrientes sean considerados imposibles. »

El Ministro de Gobierno: — «Brindo, señores, por la nación más enérgica y más rica, y prometo desde ahora, si el voto popular me lleva á la primera magistratura, coadyuvar á los propósitos de V. E. Por el momento, rechazado el veto de la última ley, el P. E. no puede contratar por más de tres años....» (¡Bravo!.... ¡bravo!....)

Mister Leared: — « Yo reconozco una gran habi-

lidad en el señor Ministro (hablo en nombre de Mister Galwey, que no ha concurrido á la fiesta en la creencia de que el señor Carrera estaba invitado), por cuanto la prohibición de contratar por más de tres años facilitará al futuro Presidente sus negociaciones, ya sea S. E. ó su distinguido hermano don Julio; pues de otro modo, si el Presidente actual pudiera contratar por diez años.... el futuro jefe de la nación.... y permítaseme una frase de campaña.... encontraría el alfalfal medio seco.»

Monsieur le Ministre de la Guerre:—«*Je dirai deux mots bien significatifs: pour moi c'est la même chose la loi ou le canon.... mais il faut le comprendre bien.... quand il s'agit d'affaires diplomatiques.... La diplomatie fut mon berceau, elle a été mon théâtre et probablement je vas mourir diplomate.*»

El señor Secretario privado, queriendo dar un nuevo giro á los discursos:

Señores:—«Sin probidad no puede existir acierto en la acción de los Gobiernos; con ella, puede ó no haber acierto, pero aquella virtud es siempre materia prima indispensable.»

«Así piensa Gladstone, nuestro sabio maestro, nuestro ilustre imitado.»

Mister Baring dijo para sí:

—Estoy muy contento de estas manifestaciones; pero también creo que con la Inglaterra no puede nadie.... ¡Oh!....

***

Un grupo del foro con incrustaciones de ingeniería anglo-criolla, de periodismo serio, en nombre tocayo de este cronista, y de corredor de bolsa á música clásica, pudieron opinar sobre el mérito del ambigú.

Probado el champagne — *Turf Champagne* — se decidió preguntar á Narizano dónde había encontrado ese néctar.

Narizano, el empresario de la cena, respondió que el champagne era importado directamente por Mister Baring.

El champagne nos dió amenidad para acercarnos á un grupo de distinguidas matronas de raza latina: señoras de Juan J. Díaz, de Brián, de Moreno, Castellanos de Sánchez, de Christophersen, de Caymarí, de Brito del Pino, de Howard, de Zaballa, Braga de Harley.

¿Y esas dos parejas que se descubren entre las enramadas?

Son las canciones del pasado, que repiten para el porvenir, Ros y Wilson.

Son la página de felicidad en el libro de la vida, que nos describe Houssaye:

Dans le livre de la vie, le bonheur ne tient qu'une page, car le bonheur ne se raconte pas; c'est un rayon qui passe, une chanson chantée à deux pendant la tempête, un arc-en-ciel qui traverse l'orage.

Humoradas.

Humoradas.

(ESCRITAS PARA EL FONÓGRAFO DE SAINZ ROSAS)

I

Hay dos clases de infelicidad: la que todo el mundo ve y comenta por ser ostensible, como la miseria, el cáncer ó el cretinismo; y la infelicidad del escéptico que disimula las insuficiencias de la vida y sus desconsuelos íntimos con las apariencias de la vida brillante y las espontaneidades de su *causerie* humorística.

Los primeros, rindiéndose á la compasión del público, se nutren de ser condolidos; y los otros, altivos y mordaces, ridiculizando sin mala fe, caen vencidos, generalmente, por la intriga clandestina y la calumnia.

II

Es una injuria confundir á un hombre intelectual y admirador por arte de las bellezas extraordinarias de la mujer, con el *coureur de femmes:* éste es un

tipo degenerado que carece de afectos y sólo persigue el éxito sensual de sus preocupaciones, fingiendo, comprando ó sorprendiendo, mientras que el primero realiza los encantos supremos sin esfuerzo, como una crisis lógica de la simpatía y de la adaptación de pensamientos, impresiones y gustos.

III

Conquistar no es amar.

IV

Cuando se ha amado bien, se puede envejecer sin tristeza; mientras que el recuerdo de una conquista de la primera edad, que ha dejado rastro de deshonor y de miseria, impide la felicidad en la edad provecta.

V

La retórica, como la mujer fría, necesita que le estrujen sus formas.

Hay ideales físicos, sin embargo, que se desvanecen con una frase pronunciada por la estatua.

En un arrebato de un apasionado con su amada, que había sido modelo de Fortuny, ésta contestó á los furiosos estrujones: «¡qué bruto!.... parece un panadero amasando bizcochos.»

VI

El fonógrafo es más apropiado á las romanzas de los que cantan como un *cane* y á la literatura humorística, que á la música artística y á los discursos graves.

Es un instrumento de mucha confianza, porque se aplica exclusivamente al oído; y desde luego, secreteándose.... ¡cuántas cositas no son permitidas!....

VII

Sainz Rosas, que podría burlar á un marido escondiéndose en el *manchon* de la esposa, goza de reputación irreprochable. Es un *coureur* admirado, pero.... de la buena amistad, con sus nueve grupos de concurrentes á su sala sociable.

***

Señor Sainz Rosas: hágame Vd. el bien de decirme si han transcurrido ya los tres minutos reglamentarios de *fonografar*.

—Exactos.

—Entonces.... *Siao*.

Jockey Club.

4

Jockey Club.

El nombre inglés de nuestra única asociación de *Sport*, significa un reconocimiento tácito de que el arte de batallar en la pista es originario de la fría raza de Lord Derby.

« El mundo pertenece á los espíritus fríos, » dijo un italiano, combatiendo los impulsos y los apasionamientos de su propia raza.

Y la frialdad del *Turf* ha dominado al mundo entero, incluso al Uruguay, donde las fiestas hípicas tienen el fundamento metódico, matemático, frío, de la organización de los circos británicos.

Nada más complejo y frío que la iniciativa, el desarrollo y el éxito de una carrera.

El *handicaper* es necesariamente un físico que con toda tranquilidad y desapasionamiento debe regular las fuerzas, calculando, con la frialdad de un pensador, las probabilidades según las edades, los antecedentes y la nobleza del héroe.

El *cuidador* observa con frialdad el temperamento y las facultades del caballo, y aplica con la calma de un curandero de oficio todo su procedimiento para

corregir en largos días un defecto, ó para producir el desarrollo de una facultad en atonía.

El *starter* es un *gentleman* privado de todo apasionamiento, y con la función de nivelar la partida con la misma frialdad que el *handicaper* ha establecido los pesos.

El *corredor* es el funcionario frío por excelencia, como lo demuestran los triunfos de *Rigoletto,* de Casuriaga ó de *Otello,* imperturbables durante la lidia, en su juego de habilidades calculadas sobre la deficiencia de sus adversarios ó el poder de su caballo.

Las *compadradas* de corredores, que son manifestaciones de apasionamiento ó de separación de la actitud calmosa y fría de la ley hípica, han producido contratiempos muy lamentables, como es notorio.

Todo es frío, todo es circunspecto, todo es sereno en la organización del circo.

Los jueces de raya, necesariamente fríos, como único medio de realizar la certidumbre de su vista, como única seguridad contra la visión engañosa del atolondramiento, que es una forma de la sensibilidad.

Los vendedores del *Sport,* necesariamente fríos, para no expender por apasionamiento boletos de un *Stud* por otro.

Y Rafael Colombo *(pago-boletos)*, finalmente, impasible, con su nueva cartera con las iniciales R. C., á guisa de tornavoz de teatro, que todos traducen con espíritu travieso y naturalmente frío: *Rompe-Cabezas.*

¡Cuán fácilmente se explica el origen inglés de las fiestas hípicas en su manifestación más civilizada!

Correr caballos en pelo, con corredores madrugadores y con vincha blanca por *andarivel,* ha sido de todos los tiempos, pero no pertenece á la fría organización del *Turf,* no pertenece al arte sereno del *Jockey,* impulsado por Lord Derby en 1779.

La raza inglesa llevando su sello á todas partes del mundo, en lo que atañe al mecanismo interno y externo de la preparación hípica, no ha pretendido privar de la faz apasionada de un día de carreras, que cada pueblo colora según sus peculiaridades y sus costumbres.

Los ingleses mismos, que son los hombres que menos se aburren entre ellos, porque tienen la virtud de ser sociables con su pipa, con los árboles de su jardín ó con sus libros, prefiriéndolos, cuando se les ocurre, á muchísimas personas conversantes, han vinculado el arte del *Jockey* á las impresiones sugeridas por la mujer elegante, rindiendo homenaje tradicional á lady Hamilton, la amazona que inspiró á Lord Derby las fiestas de carreras en los preciosos parques *de la Virgen de los Robles (Maid of the Oaks).*

Las grandes reuniones del Derby tienen la doble faz, — la fría organización y el apasionado tejido de admiración á la mujer en detalles de sociabilidad que el *Champagne* no hace incorrecta, á pesar de que su profusión determina allí un ambiente muy característico de expansiones y de alegrías.

Nuestro Hipódromo de Maroñas, en sus grandes reuniones, no se caracteriza ahora por los *pic-nics* sobre el musgo, á la sombra de los carruajes, que recordamos del tiempo de *Duende* y de *Tembetarí.*

El mismo caballo *Principista,* que con sarcástico nombre presentó el general Caraballo en el *Turf* para disputarle á José Pedro Ramírez su preeminencia en Maroñas, arrastraba un gentío de criollas lindas, elegantes, flexibles, expansivas y ocurrentes.

Era que la vida *sportiva* interesaba á la mujer, y cada caballo, como el célebre *Eclipse* de Derby, tenía sus entusiastas *sportwomen,* que, al concurrir á la más

elegante de las fiestas campestres, no aparecían con la misma severidad que podría exigir un *Te-Deum* ó una función de gala en el teatro.

*
* *

La reunión del 1.° de Septiembre fué una excepción.

Las damas bajaron de los palcos mientras evolucionaban los batallones, y se movían expansivas sobre el musgo, como rosas endiabladas por el viento *(le vent lutinait les roses)*.

Se notaba solamente que sus pensamientos estaban ajenos á los éxitos del *Sport*.

La preocupación del día fué sin duda la exhibición de *toilettes*.

Llamaron la atención el traje de la señora de Vidiella, color heliotropo tenue, y su cabeza joven, empolvada prematuramente como una gracia especial del tiempo; y el traje de la señora de Díaz, color caramelo oscuro, con alamares más claros sobre mangas griegas, y su cabeza de seda blanca ligeramente ondulada.

El triunfo de *Pavane* en la primer carrera produjo un cierto bienestar.

En un día clásico, el *Stud Gladiadores*, de tradición aristocrática, debía, por misterio de la fortuna, hacer flamear su bandera.

Todo el mundo esperaba el triunfo de *Pavanita*, la mimosa de Saraiva y la perdedora frecuente, pero *placé*.

Mistral y *Pavane* eran superiores al grupo.

La cátedra tuvo una fija.

Saraiva, cuidador de ambos, ejercitó el poder de hacer bailar á los contrarios una danza anti-

gua española, la pavana, mientras que imitando á Eolo, calmó los ímpetus de Mistral, el viento Noroeste del Mediterráneo.

Los Zumarán recibieron en detalle las ovaciones del primer éxito.

Daudet, interrogado por su predilección hacia los animales, contestó: *Je préfère le cheval gagnant.*

Pavana fué por un momento una diosa de la creación, una *donnina*, como se titulaba el premio.

En el premio *Rêverie* — 1300 metros — la carrera perdió todo su interés ante la seguridad del buen estado de *Combate*, que sólo *Florida* con 51 kilos hubiera podido contrariar.

La yegua *Florida* no corre con pesos bajos. Con 58 kilos, *Florida* probablemente hubiera hecho su tren. Así lo autoriza á decir la observación de sus triunfos y de sus derrotas.

El triunfo de *Combate* sobre la acción rápida de su carrera, dejó maltrechos á sus contrarios. En el recodo llegaban amortiguados, y esto favoreció la entrada de *Écarté* con 46 kilos, que venía reservándose.

Cuando las bandas de música amenizaban la compra de boletos para el premio *Jockey Club*, el palco ofrecía un golpe de vista nuevo.

El Presidente y los Ministros de Estado, el Prefecto de Policía, con sus familias y otras amigas, ocupaban el palco oficial y otros adyacentes, formando un conjunto de grata contemplación.

El doctor Brián, completamente vestido de nuevo, ocupaba el palco 5, un poco distante del centro oficial.

Sombrero alto de Johnson, de diez pesos; botines Galoyer, expedidos expresamente por intermedio de Estebenet para la Secretaría de S. E.; un sobretodo con forro de Gobelinos, expedido por Pool, y por intermedio de Lamolle; un *plastrom Sachet* con per-

fume de *Chèvrefeuille ;* un bastón pedido por Carassale, con caja de música en el puño; y un magnífico anteojo de un poder visual sorprendente y que aleja *la guigne* para el observador y la produce donde se mira, en caja de cuero blanco de jabalí, y una correa colocada á lo artillero, igualmente de cuero blanco curtido, con esencias salvajes.

Del lado de la derecha del palco se destacaban varias familias muy aficionadas hípicas, como el grupo de las Pacheco, nerviosas por los triunfos de la raza de *Júpiter*, muy poco condescendientes de sonrisas y saludos á sus admiradores respetuosos de sus encantos y de su persistencia en dar colorido al palco en las reuniones tristes del año, cuando la señal del *paddock* suena como la campana de una ermita.

El grupo simpático de las Álvarez, que no se han modificado del todo en el criollismo, y concurren con canastas bien provistas de dulces caseros, cuando van al Hipódromo en el tren.

La figura de Clementina Sosa Díaz, imitando, sin querer, la gentileza de Mlle. de Chartres en la corte de Enrique II.

El grupo de Mariana Viale, presagiando con fino instinto la derrota de *Acacia.*

El momento de la partida era solemne, aristocrático, excitante.

Hasta el color del sobretodo del primer *starter* — color aceituna — excitaba el apetito, y se pensaba prematuramente en el *lunch oficial* y en las banderitas uruguayas sobre los bizcochuelos en moldes de castillos y en el champagne Sporstman.

El *starter* tuvo que luchar para enfilarlos, y bajó la bandera favoreciendo á *Imperio* y perjudicando á *Trueno.*

Á *Imperio,* como no tenía necesidad de protección,

le pasó lo que les pasa á los ricos que se sacan la grande.

Imperio hubiera podido dar varios cuerpos de ventaja á sus contrarios.

En el *paddock* tenía aire de triunfador necesario. El corredor, un trigueño *foncé* de Buenos Aires, estaba inquieto, provocativo, y demostraba con sus ademanes que la carrera era pan comido para él.

La opinión del Prefecto, uno de los dueños del Stud Agraciada, hizo atmósfera contra *Imperio*.

El Prefecto había sostenido que *Imperio* no estaría en carrera.

El público se alarmó por su favorito, impresionado por la confianza en la acción positiva de su policía organizada y aplaudida.

El Stud Agraciada, perfectamente bien representado por *Guerrero* y *Africana*, fué vencido por *Imperio*, *Montevideo* y *Tacuarí*.

Las derrotas del Stud Agraciada se reciben por los dueños con una frialdad ó indiferencia que demuestra, ó sus pocas aficiones á lo hípico, ó un *savoir-faire* digno de la diplomacia más exquisita.

Imperio ha podido dar cinco segundos menos del tiempo en la vuelta.

Tal es el efecto que hicieron en el público su acción y los tirones del inteligente *trigueño*, su corredor bonaerense.

***

Después del premio *Jockey Club*, el público dedicó su atención al ejército.

Las evoluciones de los batallones atraían los anteojos, y muchos *amateurs* concurrían á las carpas de los jefes á saludarlos y felicitarlos.



Es claro que al coronel don Sixto Rodríguez no se le felicitó, desde que su batallón no está organizado como el segundo y el cuarto.

Esta indicación podrá servir de estímulo para reformas que deben hacerse inmediatamente con trabajo y tesón.

¿Tenemos derecho los ciudadanos de Montevideo de interesarnos por la mejor organización del ejército?

No cabe duda que lo único organizado de la República es el ejército; y así tendrá que ser para mantener la paz interna, mientras todas las tendencias comunes é irreflexivas de la asociación política entre nosotros sean á la insurrección y al motín.

Los generales Luis E. Pérez y Máximo Tajes tienen un punto de contacto que los honra.

Y es el sentimiento de orden y de sometimiento á los acontecimientos y á los hechos producidos por misteriosas evoluciones.

La impaciencia de un militar con influencia en el ambiente de las armas, podría modificar una situación y sus efectos; pero, siempre sería un enigma saber á qué pedestal quedaría sujeta la sociabilidad uruguaya.

Es inconmovible la autoridad del Presidente de la República, porque su acción durante muchos años ha sido avasalladora y no destructora.

El P. E. es el único árbol frondoso que queda en pie en el campo de la administración.

Los otros Poderes son también árboles, pero á una cierta temperatura igual todo el año, que no les permite extender sus ramas y tupir su follaje.

Es un fenómeno que tiene una explicación racional entre nosotros, el hecho de que el Presidente de la República no necesite Ministros y que los Ministros necesiten Presidente.

En Ministerios homogéneos, el Presidente necesita

Ministros, porque éstos ejercen una acción popular representativa, y el jefe del Estado cede forzosamente á la presión de una de las colectividades organizadas.

En Ministerios heterogéneos, donde el Ministro presta su concurso individual en desacuerdo con las demás tendencias de los otros Ministros, éstos no llevan su criterio, ni su plan, sino que los solicitan y los conquistan del primer magistrado, individualmente ó fervorosamente.

El Excmo. señor Ministro de la Guerra, mandando la revista, no poseía el prestigio del militar que ha puesto su sello, con el beneplácito de la asociación de generales, á la organización y disciplina del Ejército.

Toda la gloria era del Presidente de la República; y así lo entendió el señor Ministro, cuando, penetrando á caballo con su séquito dentro de las barreras del Gran Palco, contra los reglamentos del Jockey Club, brindó las maniobras al primer magistrado con los estímulos de los mariscales franceses:

—*Dans ce beau jour de la paix, mais préparés pour les féroces batailles, moi et tous ceux qui aiment à se divertir joliment, nous saluons Votre Excellence à cheval.*

Las tropas desfilaron con sus jefes de batallón á caballo, que saludaban al Gobierno con sus espadas de parada, al pasar frente al palco.

El equilibrio del ejército resultaba patente, observando mentalmente los colores distintos de cada temperamento de los jefes.

Flores, con los colores del Stud Chantilly; Rodríguez, con los colores del Écurie Éclair; Tezanos y Pérez, con los del Stud Solitario, y Etcheverry con los colores del Stud Agraciada.

El señor Ministro brillaba como iluminado por los colores mágicos de la Patria.

Los dos últimos premios, *Escudero* y *Dictador,* se corrieron después del desfile.

Juan Victorica perdió en todas, metió sus anteojos en la caja, saludó distraído á varios ysalió tristón de la fiesta.

El doctor Ramírez, á quien le deseamos que asocie á su Stud á su buen compañero de almuerzos criollos, el señor corredor de bolsa Agustini, como medio de llevarle buena fortuna, había pasado un día muy alegre y se felicitaba del éxito material en favor del Jockey.

Las rosas presidenciales *lutinées par le vent,* son cuatro:

De Fuentes, de Fleurquin, Magdalena Arteaga y María Luisa Díaz.

Una mariposa vestida de negro, acompañada de otras dos doradas, se agitaban, en el elemento no oficial, muy graciosamente.

¡Qué bello contraste en la fiesta del Jockey Club del 1.° de Septiembre!

Armas, caballos, en su mejor *performance,* panoramas gratos, bellezas nuevas y señoras elegantes.

Au plaisir....

Demostrando por la vida.

Demostrando por la vida.

(INICIATIVA CONTRA LA PENA DE MUERTE)

Artículo 120 del Código de Instrucción Criminal: Si se tratase de crímenes que por la declaración de los hechos estuvieren sujetos á la pena capital, para que ésta pueda ser aplicada, *será necesario que de los cinco miembros que forman el Tribunal, cuando menos cuatro hayan estado conformes* al pronunciar el veredicto sobre los hechos que puedan dar mérito á esta condenación. No concurriendo esta circunstancia, se impondrá á los reos la pena inmediata.

En el proceso Duarte y di Gregori, éste fué condenado á la pena de 30 años de prisión, en segunda instancia.

El Fiscal del Crimen ha deducido apelación de esta sentencia, pretendiendo la aplicación de la pena de muerte contra di Gregori, en tercera instancia.

Esta noticia la establece un diario de hoy que debe de estar bien informado, *La Nación;* y debe de ser cierta, porque existe un antecedente en los anales del crimen en la República del Uruguay, de haberse

condenado á muerte á un prisionero que en segunda instancia fué amparado por la Sala de Apelaciones de primer turno con la pena de treinta años, revocándose la pena de muerte, que había sido impuesta por el señor Juez del Crimen de primera instancia.

FIGUERÓN, un joven canario de los pagos de Amaro del Sud, una espiga de perversidad de la tierra fértil de Canelones.

Todo el mundo aceptó y paladeó el fusilamiento de Figuerón, á pesar de que la sentencia de uno de los Tribunales le amparaba contra la muerte.

Matar así, es como aplicar la ley de Lynch por intermedio de las autoridades judiciales.

Linchar es muchas veces humano, porque es la defensa de una agregación de seres honrados, unidos por sentimientos cristianos y sujetos á fatigas y privaciones excepcionales, en parajes casi desiertos, donde la policía y la justicia no tienen fuerza ni prestigio.

El *linchamiento* es una ola del mar de las ideas que hace zozobrar al pirata; pero la justicia no puede representar al clamor público sordo, no puede inspirarse en las manifestaciones clandestinas en cafés ó en grupos de paseantes, para saltar por encima de los principios de equidad establecidos en la ley, y por encima del homenaje al criterio de la magistratura, cuando en caso extremo tienen forzosamente que producir su influencia.

Figuerón fué linchado en nombre de la sociedad toda, que ambicionaba su muerte como satisfacción á la vindicta pública, variable según los ambientes, según las autoridades, según la lenidad usada para otros crímenes.

No aceptamos la tesis escéptica de que en la tierra no hay justicia, sino formas convencionales para sa-

tisfacer preocupaciones generales, rencores públicos ó perversiones del sentido moral, como reconquista contra los dominios del deber y de la reforma civilizadora.

Es necesario traer al espíritu á la verdad y al derecho, y en cada caso demostrar la conveniencia de que la justicia sea reconocida recibiendo su homenaje.

El fusilamiento es una medida complexa.

Ver morir es un dolor á que están sujetos por ley natural los deudos y amigos.

La muerte en el campo de batalla es una excepción justificada por los destinos de la patria, y nadie la observa ni la comenta en la vorágine de la guerra.

La prueba de que ver morir á un extraño por acto violento no es fenómeno ostensible, es que las ejecuciones son cada vez más secretas, con la concurrencia de las personas que pueden obtener alguna utilidad científica del acto.

Se reacciona contra la publicidad de las ejecuciones, que han sido los escándalos más enormes de la humanidad.

La autoridad pública, cuanto más susceptible de progreso moral y sociológico, ha ido limitando al menor número la contemplación de una ejecución.

Es horrible contemplar friamente el visaje y la convulsión de un cuerpo sano arrojado por fusilamiento á la nada.

La muerte exige su recato.

La ostensibilidad de la muerte en una república es una actitud de desparpajo y de indecencia.

Las cien personas que acudieron á la ejecución de Duarte se retiraron con una impresión de disgusto, de descompostura moral, de repulsión contra el espectáculo de la muerte requerido por las autoridades del Estado.

Si es necesario matar para defender la ley, convengamos en que la muerte debe producirse en el más absoluto recato y en las tinieblas más absolutas.

Que el condenado á muerte no sea un fusilado ante un cuadro de soldados, de autoridades altas, de empleados, de médicos, sino que sea un desaparecido misterioso, que no ofrezca á los ojos de ninguno la impresionante sugestión de su mueca y de su estallido de sesos producido por el proyectil del tiro de gracia, que se graban en la memoria de los espectadores como un *tatouage* repugnante.

La pena de muerte tiene que desaparecer ante la definitiva organización de las sociedades.

El secreto de las ejecuciones es el camino de la supresión de aquella pena.

El triunfo de las ideas republicanas, que rechazan los medios crueles y que no aceptan el derecho divino, traerá forzosamente el principio de que los prisioneros se mueran cuando Dios quiera y no cuando los hombres lo deliberan en procesos famosos.

Las repúblicas parecen monarquías hipócritas.

La pena de muerte no ha tenido otro objeto que reconquistar el prestigio de los reyes ultrajados.

Esa pena debió quedar limitada para los regicidas.

El rey, aunque sea pinchado con un cortaplumas, como el caso de Luis XV por Damiéns, debe fulminar con los rayos del derecho divino á su ultrajador.

Se explica que se mate por un rey que representa á Dios, y que se torture como en el caso citado de Damiéns.

Éste fué sometido al suplicio siguiente: se empezó por quemarle la mano derecha, en seguida se quemaron sus carnes con tenazas candentes y se derramó plomo derretido en las llagas producidas.

Damiéns resistió sin quejarse al principio; pero

después dejó escapar débiles gemidos, al sentir los efectos del plomo.

Inmediatamente fué descuartizado por medio de cuatro caballos indómitos, que fueron atados á cada una de sus extremidades y dirigidos en cuatro diferentes direcciones, mediante la excitación producida por el látigo de cuatro ayudas del verdugo, mientras que otros ayudas derramaban plomo hirviendo en los intersticios que se abrían sonando los músculos.

Finalmente, toda esa masa informe de miembros, de huesos, de nervios, de músculos, de sangre, se echó á una hoguera de leña, y las cenizas de Damiéns fueron arrojadas á los cuatro vientos.

Luis XV, todavía humano, exclamó: *¡Cuánto ha debido sufrir ese desgraciado, por el poco mal que me ha hecho!*

La humanidad se ha contentado con suprimir las torturas físicas; pero no quiere advertir las torturas morales de un condenado á muerte: la lectura de la sentencia, la curiosidad de los empleados, la acción consoladora del sacerdote, la presentación correcta de los miembros de la Corporación de Beneficencia, como un escarnio ante las impresiones desastrosas de quien ha perdido las últimas esperanzas; el camino en dirección al banquillo, la brillantez de las armas, la aplastadora acción de la fuerza!

El alma de un condenado, deshecha como un cuerpo físico, recibe una pena tan intensa como el tormento que descuartiza y quema.

Y bien: convengamos en que hay razón para que las ejecuciones de los reos sean limitadas con criterio severo y encuadradas en la letra y en el espíritu de las leyes procesales y penales.

El artículo 120 del Código de Instrucción Criminal desautoriza la aplicación de la pena de muerte á .. Gregori.

El Tribunal ante quien se ha deducido el recurso, no debe sustanciarlo, sino que debe devolver el expediente, declarando que el señor Fiscal no tiene recurso alguno que usar después de la condenación en segunda instancia de di Gregori á la pena de treinta años de prisión.

Basta con Figuerón, ¡por Dios!.... basta ese ejemplo, para demostrar con cuán ligero criterio nuestras autoridades acusadoras deciden de la vida de los hombres.

La soirée de piano-forte.

La soirée de piano - forte.

No es Madame Suhr, sino sus alumnos.

Las *soirées musicales* se organizan, generalmente, comprometiendo elementos que no están constituídos en asamblea.

El organizador visita, diserta, alaba y ruega á cada uno de los *amateurs*.

Cada punto del programa ha sido una monografía de sociabilidad.

El concierto de Madame Suhr no fué así.

Sus alumnos, que pertenecen todos á familias aristocráticas, han impuesto á Madame Suhr la obligación de exhibirlos ante el público que fuere adecuado á sus facultades y á sus ideales.

Madame Suhr, con su distinción de espíritu y de maneras, con su rectitud, propia de una hija de Basilea — la región de Suiza donde el criterio humano tuvo teatro fecundo de luchas y brillos, — se sometió á la imposición de su concilio de alumnos.

Madame Suhr decidió el concierto; pero, naturalmente, comprendiendo que los salones de instituciones de música y arte ó los teatros no eran adecuados á los elementos de *son aristocratique petite troupe*.

La profesora, que ha podido trasvasar su naturaleza en las delicadezas del arte parisiense en el mundo elegante; la profesora, que es una parisiense como si hubiera nacido en París, se hizo lá oportuna reflexión de que sus joyas debían presentarse en un estuche muy artístico.

Lo parisiense se acerca.

El palacio de don Agustín de Castro tiene pulverización de extracto de Tullerías.

Geille, su esposa, sus hijos, son savia de la Avenida Friedland.

Vizca, con sus tesis paradojales, sus diagnósticos clarovidentes, su cabellera de profesor laureado en la Academia de Ciencias, exhibiendo en grupo como en *Parque Monceaux* á su uruguaya, que fué parisiense también de soltera, y á sus bebes educados con cuidados higiénicos propios de las más pudientes familias de París, y con las preparaciones más finas en el arte y en la música.

Madame Suhr tuvo razón para *confeccionar* su programa en francés.

En todas partes del mundo, lo aristocrático tiene su lenguaje, según el país; pero si se quieren nivelar en la expresión más agradable diversas manifestaciones, el idioma francés es la transición equitativa, es el ambiente aceptado con agrado.

La soirée a eu lieu dans les salons de Monsieur A. de Castro.

Los primeros puntos del programa fueron ejecutados por las señoritas Geille, Vizca, Spangemberg, — una danza española de un autor austriaco ó polonés, perfectamente empapado de luz y de manzanilla de Andalucía.

La señorita M. R. Geille, una de las ejecutantes, de diez años de edad, posee el conocimiento completo

de cuatro idiomas: alemán, español, francés é inglés. Estos fenómenos de la educación más tenaz en las familias, deben hacer el mismo efecto que haría un niño manejando un faetón *attelé* con cuatro animales de distinta índole y de repulsiones recíprocas: una cebra, una jirafa, un *traquenen* y una llama.

Las señoritas de Spangemberg fueron las intérpretes de Rubinstein.

Es honor para ellas concedido por la profesora, la designación de únicas intérpretes del famoso Rubinstein, el viajero artístico, perfeccionado por Liszt y aplaudido con entusiasmo á la edad de ocho años, un poco menos de los que cuentan las intérpretes Spangemberg.

El *ballet* Pompadour, de Bachman, fué el punto de Laura María Vizca.

Y una sonata de Reinecke para violín y piano, por María Vizca y M. R. Geille.

El violín de María Vizca fué la excepción de la *soirée*.

El concierto, estrictamente de piano - forte, debió sufrir la intromisión de un solo violín, en homenaje á la discípula de piano.

No hubiera sido propio que las dos formas en que se manifiestan las habilidades de María Vizca fueran truncadas.

Un concierto de piano, aunque exclusivo, admitía sin contrariedad aquel violín infantil.

Los banquetes no pueden ser de un mismo plato.

Los conciertos tampoco; pero el verdadero arte vence todos los obstáculos.

El célebre Buschental ofrecía de cuando en cuando almuerzos de pescado exclusivamente, que tenían éxito sorprendente.

Madame Suhr, imitando á Buschental, ha sabido

presentar las salsas exquisitas para que el piano-forte no hiciera bostezar al público.

Es sabido que Alfonso Karr dijo del piano: « te perdono tu audacia, pero no te perdonaré jamás el aburrimiento que esparces en las mejores sociedades. »

Ante el abuso del piano, la precipitación y la ausencia de tino con que se han organizado conciertos desde el año 1745—época en que por primera vez se anunció por avisos en las calles de Londres que se tocaría el piano en la orquesta del teatro,—el éxito de *Madame Suhr dans les Salons de Castro* puede clasificarse de maravilloso.

Alguien dijo: *le piano sait se taire quand on veut.*

Pero un chusco le hizo la siguiente pregunta:

—¿Se animaría Vd. á hacer callar el piano del vecino, cuando una aprendiza está estudiando escalas durante ocho horas sin interrupción?

Todos los instrumentos se callan oportunamente cuando supremo profesor los dirige, ó cuando una figura romántica luce sus manos de marfil estremeciendo ligeramente sus mangas de color claro, al recorrer con cuidado un nocturno breve.

Hay la profesora en todo concierto de piano, y hay la tocadora discreta que, con figura esbelta, con cabecita de camafeo, y con preciosas manos, preocupa más al ojo que al oído.

La profesora es aquella que deja caer con aplomo su mano, que es como garra obediente á la inspiración, que en su fraseo contiene de todo: dulzura, exaltación y fantaseo.

La mano de la profesora tiene algún signo característico de la fuerza; en la musculatura hay el nudo tosco que suele chocar con la apacible fisonomía, la elegancia de la estatua y el titilar de sus ojos, peculiar de almas puramente contemplativas y voluptuosas.

Nada más elegante que la señorita Sofía Fernández tocando « La Elegante », de Tito Matei.

Ni nada más espiritual que el rondó de Weber, ejecutado por María Renée Geille.

En el almácigo de pianistas presentado por Madame Suhr no es posible aún augurar cuáles serán las más sobresalientes.

Las señoritas de Rosati, Rosa Algorta, J. H. Suhr, Elena y Ema Marexiano — preciosas plantitas presentadas en macetas *mignonnes* de porcelana decorada, — tienen que seguir el curso de su desarrollo artístico, para poder emitirse un juicio definitivo.

Elena Lafone, con notables condiciones de talento, con el atractivo de las delicadezas de su raza, con los estímulos del rango aristocrático, es una esperanza en las idealidades de los Napoleón ó de los Gottschalk.

En toda exhibición de arte, el artista tiene sus preocupaciones por sus críticos.

La infancia artística, el Concilio de Basilea de Madame Suhr, de talares musicales, el almácigo de profesoras de piano-forte, tenían sus jóvenes amigas que presidían los aplausos de la sala.

En medio del campo de adornos que ofrecía perspectiva de alegría, de los sombreros á la moda, se destacaba la figurita de la señorita de Azevedo, vestida de blanco, parada cerca del balcón central abierto, cambiando su perfume de mosqueta por el oxígeno de la noche tibia y encantada, envuelta en una neblina de tules como naranjas acarameladas, con un sombrero de paja blanco con adorno de pájaro oscuro, que parecía recién posado después de zambullir en un lagar de vino de Bourgogne.

El adorno de la cabeza, color Chambertin ó Romanée, hacía contraste con la *crème chantilly* del vestido.

Sus manecitas aplaudían á sus amigas, y éstas, retribuyendo con sus sonrisas, le demostraban su cariño, pareciéndoles que armonías tan delicadas como las arrancadas al piano, se escondían en el ruido de los guantes de la inocente espectadora.

Es seguro que las ciencias físicas tienen ancho campo aún para las conquistas industriales.

El microscopio, que descompone ante nuestros ojos una gota de agua, incolora á simple vista y de precioso colorido con su poder, no tiene un instrumento rival que descomponiendo ciertos sonidos sin mérito, ó inconvenientes ó inaguantables para nuestro oído, nos pueda presentar los secretos armónicos de su composición.

El padre de Julián Gayarre, que batía el yunque del herrero desde niño, produjo aquel producto lírico malogrado á los 42 años.

Este ruido insoportable del fierro ¿no contendrá, á oposición de bacterios, los principios genesialógicos del canto?

Ésta es una observación para el doctor Vizca, acusado de amparar brillantes paradojas.

El ruido del aplauso, el ruido de la cabritilla, ¿no contendrán misteriosos acordes de generación artística?

Volvamos á la sala.

También era aquel concierto *una visita á las madres.*

Los que admiran la sangre pura — que en la humanidad es el honor de la mujer, á diferencia de la vida *sportiva,* que hace residir el mérito de las yeguas en sus antepasados y en sus esfuerzos supremos en el término de la carrera — estaban encantados de la contemplación de las madres á sus productos llenos de esperanzas y á sus éxitos ya realizados.

Un grupo de nuestras damas más dignas de respeto — de esas tranquilas fuentes que nutren de estímulos sanos y patrióticos á los ciudadanos de buena índole; ese grupo, cuyo recuerdo *es un nimbo de luz*, que alumbra la conducta recta de los hombres — figuraba en la sala de Castro, de tapiz amplio de color oro, adornadas sus paredes de retratos al óleo, y dos cuadros de ignorado autor, donde Galileo, debajo de bóvedas de convento, trabaja á la luz del día — que entra con mala gana del claustro por una ventana con barrotes — para demostrarnos que hasta la tierra se mueve, lo que ha sido una decepción universal.

La verdad es que había razón para que la Iglesia sobre todo sujetase á Galileo al tormento, desde que éste se permitió denunciar que la tierra nada ha producido, ni produce «fruta, colores, arte y genio» sin MOVERSE, y como en las clases bajas, sin ayuda de obstetricia.

Plácidas emociones, efluvios de bondad cristiana para los que la merecen, amistades aristocráticas mantenidas en esas limitaciones de ciencia social que son impuestas por la necesidad de conservar tradiciones y rangos, sonrisas de placer íntimo concedidas al criterio de espectadores justos y francos.

Todos miraban á las madres en los momentos de triunfo.

Y cuando las pianistas de Madame Suhr no tenían en su presencia las buenas madres, se cambiaban miradas de felicitación y de agradecimiento con los más de cerca interesados en el lucimiento de las pianistas elegantes.

La última referencia de esta crónica no es para el almácigo, no es para los catecúmenos del Concilio: es para las profesoras que ya ha producido Madame Suhr y que figuraban en el concierto de sus alumnos.

La señorita Girard es planta artística ya formada, es un arbustito de jardín con original fronda de verde luz cubierta de florecitas infinitas de un perfume parecido á ráfagas de aromas, sostenidas en el aire por los vientos que cruzan llenos de rabia entre los bosques de espinillos.

Es la sobrina de Madame Suhr, una figura de mirada profunda, que inspira la idea de fotografiarla.

Son portrait serait ravissant!

Digno de figurar en colección de siluetas artísticas.

Las señoritas de Hoffmann, profesoras de raza.

Aquí la herencia tiene sus manifestaciones evidentes.

Las Hoffmann son las sobrinas de Misia Isabel Tornquist de Roosen.

La popular profesora, intérprete insigne de Chopin, de Rubinstein y de Strauss.

Una noche, en un barrio de la ciudad nueva, estaba un sereno silbando con fruición varios valses de Strauss.

—¿Dónde aprendió esa música?—le preguntó un pasante.

—Yo era sereno de la calle Treinta y Tres, de la manzana de Misia Isabel, y extraño el piano. Por eso silbo, para recordar mi antigua parada.

Otra profesora es Carmen Perey, la Álvarez más sobresaliente.

Las Álvarez son figuras montevideanas de un interés original.

La continencia aristocrática de grandes señoras, es su rasgo externo más notable.

Carmen, con selección de parisiense, debía necesariamente ofrecer el encanto en grado más alto.

Como pianista y en cualquier otra vocación artística, su triunfo debe ser absoluto.

Un elegante decía á sus amigos:—« He soñado con las manos de marfil de Carmen Perey. Soñé que sus manos, multiplicadas indefinidamente, revoloteaban como abejas á mi alrededor. »

— Estos sueños — contestó un descendiente de los Treinta y Tres—no convienen á pintores de marinas; las colmenas son paisajes de tierra adentro, con sus panales bien defendidos.

Ne vous approchez pas des ruches!

La señorita de Guimaraes es otra profesora en lo que tiene de más dulce el piano.

Su acción brasilera en todo lo sentimental de la interpretación, hace pensar en canastos de sapotís ó de chirimoyas, llamadas « fruta del conde », ó en las sombras de toldos de vegetación en los parques de Petrópolis.

MARY QUEEN.

Su nombre es sintético: es como su figura, pequeña y expresiva.

Es *Queen*, porque tiene continencia de reina.

La primera reina chiquita que figure en el mundo será parecida á *Mary Queen*.

Es *Mary*, porque el nombre de María es reconcentración de sentimientos purísimos, de bondades exquisitas, de sociabilidad cultísima.

Su energía como profesora no es uruguaya: es *yankee*.

Mary Queen es una selección con la raza de Wáshington.

En ausencia de la madre, Mister Hill, con esa animación y buen humor que es muy externo en los *yankees*, presenciaba las manifestaciones de arte de *Mary Queen*.

Una modestia persistente mantenía ignorado el talento de *Mary Queen*.

Una sonata de Beethoven *(Allegro molto e adagio)* fué el vehículo que nos trajo á nuestra observación el mérito raro de la más notable discípula de Madame Suhr.

Después de tocar la sonata de Beethoven, se retiró á una silla, y, no queriendo mostrarse, le fué fácil desaparecer entre el follaje de las *toilettes* como una codorniz en el trigo alto.

La ovación era recibida por la señora Hill de Benvenuto, la señora Laura Hamilton de Hill, las señoritas Hamilton.

Mary Queen, con su sonata de Beethoven, reanimó las fuerzas de los espectadores, que, aunque no fatigadas, recibieron con placer el bálsamo de la sorpresa en la penúltima pieza del programa.

No creemos que sea un reproche recordar que una poetisa bostezó disimuladamente al tocarse el número 19 del programa.

No es reproche para ella.

Los poetas, como son los que más sueñan, son los que más duermen.

Ni tampoco es reproche para la señorita Luisa Eirín, que nos hizo viajar, aunque con el miedo de lo sobrenatural, en el *Buque fantasma* de Wagner-Liszt.

Isabel Morales, una nueva revelación. Por su cuenta alguien ya había opinado sobre la señorita Isabel en concepto justo, sin conocerla íntimamente, sin haber oído el timbre de su voz.

Se oyó el timbre de sus manos y se conoció el alcance de su criterio, al interpretar Isabel Morales el *Scherzo en si bemol* de Chopin.

Es también una de las profesoras distinguidas de Madame Suhr.

¡Que vaya á término el *sí* de la señorita Isabel,

transformando el del *scherzo* en el *sí* de la situación más importante y grave de la vida!.... *Je connais l'apiculteur.*

Á Madame Suhr:

« *Vivez, princesse de l'art,—digne race des dieux!* »

Parva Domus, Magna Tina.

Parva Domus, Magna Tina.

Así como Dios hizo al hombre á su imagen, Francisco Sáinz Rosas hizo su morada chiquita como su persona.

La morada de aquel elegante es un producto complicadísimo como el organismo humano, que es aparato de misteriosa combinación y de efectos mágicos en sus manifestaciones.

Nada más sintético que un organismo pensante, ni nada más maravilloso que la gloria, que es rival de lo infinito, haciendo noche dentro de un coco excepcional como la cabecita de Tina di Lorenzo.

Parva Domus .... Nunca pudo clasificarse con más precisión una vivienda artística.

La *Parva* de estruendosa fama tiene nombre irónico, porque da cabida á mil personas, á orquestas de instrumentos monumentales, y cuenta con jardines de alelís y buenas noches, que son plantas criollas resistentes á toda clase de penurias, como los soldados negros de Palleja, preparados contra los tabardillos, las humedades y los lamentos.

La *Parva* de Sáinz Rosas es la verdadera, sin hipérbole.

Es el reducido local realizando el misterio del cráneo humano.

El fonógrafo, aparato elegante colocado en el centro de una sala de tres metros por tres metros y medio, 18 sillas tapizadas elegantemente, con plomo en las patas, como bastones de verga de toro, con el propósito de que los auditores no se muevan de su sitio en algún movimiento mal calculado, perjudicando la colocación del *casse-tête chinois*.

El piano-forte, que reduce necesariamente el espacio de la *salita hada*.

Una *étagère* que contiene álbumes de música adecuada á las facultades de los *diletantis*.

Dos mesitas-rinconeras con enormes álbumes de fotografías de París, Viena, Bruselas, cuyas tapas abiertas forman rancho sobre los concurrentes, aplicados á los goces de los tubos de goma con la misma asiduidad de quien toma un refresco en verano con *chalumeau*.

La chimenea, con vista de mármol, pero que no ve absolutamente, porque la cubren infinidad de retratos de actualidad, renovados según las estaciones y las artistas de moda. Esos retratos son expresivos y amables, porque todos tienen dedicatorias remuneratorias de alguna atención del dueño de casa ó de un buen rato pasado en su sala *Parva*.

Son, á oposición de las del Père-Lachaise, que despiertan religiosa melancolía, epitafios que hacen suspirar también algunas veces, pero no por la majestuosa impresión de la muerte, que es aparatosa y poco duradera, sino por los recuerdos de deleites artísticos que, lejos de borrarse, reviven con más intensidad en la memoria de los viejos.

Las paredes tienen el tapiz fantástico de preciosos cuadros al óleo, elegidos con la chispita picaresca del

fumador con tenacitas de oro, y dentro de la tolerancia *comm'il faut* del arte de Apeles, en lo relativo á creaciones desnudas —*sans arrière-pensée* — acuarelas de frutas sobre marcos de luna de Venecia; tapices de dudoso origen, que pueden confundirse con Gobelinos cuyas tintas no se borran nunca, á diferencia de las preparaciones del nuevo tocador para teñir la barba, que reclaman el pincel continuamente, como el tocador de armonium en permanente juego de pedales; cajitas de porcelana china colocadas en rinconeras *mignonnes*, y que nadie osa tocar ni abrir, temiendo una sorpresa á estilo de soltero criollo, con su boquilla de canilla de conejo, pero naturalmente refinado con nuestras costumbres parisienses actuales.

Pantallitas, floreritos, aparatos de luz eléctrica estudiadamente coquetos.

Parva Domus!.... La noche del último miércoles fué una sesión muy brillante y sorprendente en cuanto á su magno contenido.

Tina di Lorenzo, en una de las sillas del círculo fonográfico, con la misma naturalidad con que está en la escena, no afectaba el placer infantil que todos los seres superiores experimentan cuando se ven libres de la tensión de su genio.

Aquello era espontáneo. Esa riquísima frivolidad, que es encanto de la vida brillante, vale más que una escena dramática de *Il mondo della noja* ó de *Andreina*.

Tina di Lorenzo—como las demás señoritas que completaban los diez y ocho corazones *(on pourrait dire dix-huit cœurs et soixante-douze yeux, tous féminins, naturellement)* al rededor de aquel aparato que, como la imaginación á los panoramas y colores, reproduce los sonidos de todas las voces y de todos los teatros,—se reía, iniciaba conversaciones amables, tenía algunas ocurrencias oportunas.

Una vez sola se puso seria. Fué en el momento en que le hicieron recordar que era artista dramática, para pedirle que declamara.

—¡Ah!.... estaba tan entretenida, que me había olvidado de que era Tina di Lorenzo.

—*Coraggio, signorina.... non cedere,*—decía *Tax.*

Todo el mundo comprendió, finalmente, que la salita no se prestaba para la declamación dramática en la forma conveniente.

Tina no hubiera podido accionar sin hincar sus ramas de espinas á sus admiradores refugiados, debajo de sus hojitas festonadas, en aquel invernáculo estrecho.

De cuando en cuando se sentía una brisa ligera en la salita, que era grata al arte y á los admiradores.

Era cuando Nicolás Granada se cambiaba de un sitio á otro, haciendo oscilar la columna de aire.

—¡Que Granada cante el *Ideale!*

Granada decía á *Tax:*—En esta *Parva* estamos muy comprometidos; parecemos dos troncos de castaños de la isla de Madera, con restaurant adentro.

Todo lo notable que concurrió á la sala de Sainz Rosas, hizo algo en honor de Tina di Lorenzo.

La señora Giucci tocó el piano con una maestría sorprendente.

El señor Giucci, el romano lleno de espíritu, de talento, de habilidad, encantó con un par de piezas, cuyo dominio ha concurrido á su sólida reputación.

Ríus hizo rebotar su voz de bajo profundo en las paredes de la *Parva* á la moda; y hubo un momento en que Tina y todos creían estar á bordo de un acorazado de artilleros locos.

La señorita Numancia Espinosa, como es chiquita y no se ha puesto todavía vestido largo, declamó con la delicadeza que le es peculiar, como herencia, proba-

blemente, unos versos de Campoamor muy picarescos, y cantó una romanza en italiano y la canción de *Niña Pancha,* « Flores y Cielo », contribuyendo á la felicidad de los padres, que se retiraron con caras de pascuas al contemplar á su hijita en objeto de estrepitoso homenaje.

Desgraciadamente, los niños van creciendo y las niñas reclaman vestidos largos, porque los pretendientes opinan que la contemplación de las pantorrillas, á no ser que sople un feroz temporal, es de orden interno de la noche de boda y de las subsiguientes.

Finalmente, Pedro Sáenz de Zumarán, visiblemente emocionado delante de Tina di Lorenzo, discurrió sobre el teclado una tarantela.

Se produjeron diversas opiniones ante la inseguridad del siempre seguro maestro.

— Esto parece una tarántula y no una tarantela.

— ¡ Qué frangollar!...

— Lo hace de gusto ...

En seguida, Sáenz de Zumarán se excusó amablemente; disertó sobre la inquietud que naturalmente debía producir la presencia de un ser excepcional.

Tax hizo la síntesis :

— Una notable artista fuera de la escena es, por sí sola, como un público numeroso, ilustrado é imponente.

— ¿ Y con qué convida Sáinz Rosas ?

Esta pregunta es muy común entre las damas curiosas que no han concurrido á un festival.

— Con helados, con barquillos, con dulces del Jockey Club, con Oporto, con galletitas María, con te, con café, con licor Moka, con Whisky con soda, con cigarros de Monterrey.

— ¿Y no había algunos de esos seres dignos de aprecio y de buena amistad, pero clasificados en cierto

sentido de *chinches*.... en cumplimiento de su deber?

—Estaba el *reporter petititi* de *La Tribuna Popular*,. que pide con mucho éxito.... He aquí la prueba.

Roma amena.

Roma amena.

Cuando se ha amado bien, se puede envejecer sin tristeza.

TAX.

El *Grand-Hôtel* de Roma ha realizado una mejora notabilísima de alto *confort*, en favor de los viajeros y *touristas* que acuden á Roma todos los años á refrescar sus inclinaciones arqueológicas en las piletas vetustas de las Termas, donde el frío de la magnificencia se hace sentir en las ardientes venas de los *bourgeois* que se dan buena vida y sólo el pensar en la muerte los molesta.

Donde otros van á educar su espíritu artístico en los *Cuartos de Rafael*, en la *Galería Borghese* ó en *San Pedro in Vincoli*, matando así el hastío de la vida presente, en la que todo lo miran escaso de mérito é insignificante, hasta las estatuas de Rauch y los cuadros de Pradilla.

Donde grupos numerosos visitan maquinalmente los museos y los monumentos, cuyos recuerdos é impresiones se les borran pronto ó se les confunden, manteniendo palpitante toda su vida la estupefacción

producida en su ánimo por la visita á las catacumbas de San Calixto, presidida de un fraile trapista *delle Tre Fontane*, y á quien de cuando en cuando se le apaga el cirio finito, atribuyéndose el fenómeno por algún espíritu mordaz, al soplo de un muerto que protesta contra los curiosos y las mentiras rutinarias que se les cuentan.

Donde acuden otros, amigos de la luz, de la mucha gente en calles, plazas, en corsos; que no soportan los subterráneos ni siquiera los museos, porque son rehacios á determinar su atención en un solo punto, á analizar un detalle; qué se aburrirían con los cariños de una mujer sola, que han soñado con grupos de húngaras, con romerías, con fiestas de multitudes, con revistas áureas de ejércitos, con *kermesses* á luz eléctrica; que la *Africana* ó *Aída* les hace dormir cuando no cantan los coros, y que todo su placer se reconcentra en contemplar á Roma á vuelo de pájaro, desde los puntos más culminantes de sus colinas de elegantes é impresionables nombres.

A Roma, donde muchos enamorados reciben las impresiones de esa ciudad característica, adhiriéndose como moluscos á los contornos de adorable figura, contemplando con mirada vaga las impresiones de su retina, aplicando el oído á las palpitaciones de su seno, que suenan como melodías de cajas de música, palpando en carne viva, al cruzar en cupé forrado de raso las soledades de la *Via Apia Antigua* — las dulzuras de inmejorable modelo que pudo servir sin duda á las figuras del *plafond Farnese;* — volviendo en sí al contacto de una sonrisa incierta, como quien al desmayar ligeramente en alta cima que rodean las nieblas, vuelve á los sentidos mojando sus labios con vino *di Rocca di Papa*, mientras se colorean los celajes, para desaparecer después por la acción de la dorada luz.

Á la católica Roma, donde el espíritu ultramontano recibe las místicas fruiciones de las fiestas del Vaticano, que exhibe brillante su trono ante el Cuerpo Diplomático acreditado cerca de la Santa Sede, en días de lujo, de fausto, de supremas ceremonias, y en honor al Pontífice, que mira con sus ojos tristes y sus muecas seniles á los amigos y amigas de Dios que le vivan, se prosternan y se extasían; que, mientras como representante de Jesús en la tierra, atraviesa en andas, como un santo de procesión, con su talar de brocato rojo y oro, la sala regia, en cuya acústica vibra el cántico agudo de los jóvenes eunucos de la capilla Sixtina, como un tácito consejo contra las tentaciones del demonio voluptuoso.

Todos los caracteres del gran mundo que viaja, necesitaban un centro de reposo después de las fatigas del *tourismo*, en cualquiera de las fases que se quiera, y el *Grand-Hôtel* de Roma, construído con sencillez externa, combinó la distribución de departamentos de manera que las clases distinguidas por la nobleza, por la aristocracia, por la fortuna, por la diplomacia y por la ciencia ó el arte, no sólo tuvieran el *confort* de la vida íntima, sino que en los momentos de ocio, ó cuando las lluvias obligan á reconcentrarse en el Hotel, todos los pasajeros pudieran lucir sus trajes y posturas y monóculos en un salón-jardín á estilo de invernáculo, construído en la planta baja del Hotel, entre el vestíbulo de las escaleras amplias, los suntuosos salones de la Table D'Hôte y del Restaurant á luz eléctrica de tinte rosado, y el salón de conciertos, de mullida Smirna, de espejos colosales y de preciosos cuadros modernos continuamente adquiridos y continuamente renovados.

Ese salón de conciertos, transformado frecuentemente en sala de banquetes ó en recepciones particu-
l~ de *five o'clock tea*.

Un caso determinado dará mejor idea de aquella animación.

La condesa de Belviso, distinguida literata, viuda del marqués de Nervi, festejaba el éxito de su última novela: *La Deslumbrada,* reuniendo á las cinco, á tomar una taza de te, á la aristocracia más de nota, al periodismo, á hombres públicos de segura influencia, y á distinguidas viajeras inglesas que habían llegado á Roma conjuntamente con ella desde Londres.

Una de sus amigas, *Missis Tivoli,* ejecutó en el piano, con una maestría y sentimiento notables, un *Nocturno* de su composición, y que le fué inspirado por el rumor de las Cascadas de *Tivoli,* iluminadas por la luna en una noche de grato recuerdo, durante una improvisada expedición de *touristas* del gran mundo.

La señora Tivoli retribuyó los frecuentes juegos de palabras amables que se hacían entre su apellido y las *Cascadas,* con esa notable composición que encantó á todos los espíritus artísticos.

Después deleitó con algunas piezas de música española, que fueron del paladar de las señoras inglesas, tan entusiastas por las jotas y peteneras, que se atrevieron á solicitar de un miembro del Cuerpo Diplomático, que escribiera la letra para cantarlas ó tararearlas.

—Detesto escribir en mi idioma.... Si fuera en inglés....

—Á mí me gustan *very much* la letra y música españolas,—decía una de las señoras inglesas, aplicando su lente al diplomático.

— Por la misma razón que me gusta á mí el inglés.... porque no lo entiendo.

— *All right.*

Entretanto, aquel día, la lluvia en gruesas gotas que hacía sonar los cristales opacos del salón-jardín, había

atraído á los viajeros á las mesas de paja artística, á los *pufs* de seda floreada, á los sofás y *chaises-longues* á propósito para los *touristas* que hacían la peregrinación de rodillas en la *scala santa*, ó se proponían visitar á la ligera el *Vaticano* ó el *Castello Sant'Angelo*.

Missis Tivoli fué aplaudida frenéticamente por aquel público heterogéneo, y la condesa de Belviso hizo pasar una copa de champagne á todo el salón, en agradecimiento.

* * *

Una digresión es oportuna.

La hora de la *table d'hôte* se aproximaba.

Los que comían barato tenían hora marcada: *le sette*.

El reloj del *Grand-Hôtel*, que marcaba las horas con campanazos graves y sonoros, al marcar *l'ora del pranzo*, producía una extraña música, á imitación del reloj de la Catedral de Amberes.

Los que comían caro en el restaurant, y sin hora fija, miraban con cierta conmiseración á todo ese mundo elegante sujeto á reglamentación financiera, y decían para sí: las gallinas van al corral al llamado del chacarero con el maíz sostenido en su delantal: *prrou, prrou!*

Con todo, no cabe duda que la *table d'hôte* es de un éxito extraordinario: ochocientas ó mil personas bien vestidas se asocian, sin combinación alguna, para darse un banquete diario *á la romana*, con los mejores platos; mientras que el que solo y á cualquier hora se obstina en darse el placer de probar lo más exquisito, está forzosamente obligado á pagar cada originalidad como una acuarela de Aquiles de Dominicis.

Tal fué la novedad del *Grand-Hôtel:* el salón inmenso cubierto de cristales opacos, con mesas y asientos para todos los gustos, para todas las edades y para todas las coqueterías; con plantas preciosas formando pequeños bosques, donde podría retraerse quien quisiera meditar ó escribir; con *tête-à-tête* donde los novios pudieran juguetear con su mente y sus ojos; con mullidos sofás que las viejas de peinados lustrosos encontraban gratos para *cabecear* después de sus excursiones....

En el *Grand-Hôtel,* todo viajero que baja de su carruaje en el peristilo, recurre al indicador con curiosidad manifiesta.

Diariamente el indicador ofrece un personaje nuevo, sobre quien todo el mundo se preocupa de poner sus miradas.

El salón de cristal es el escenario donde el personaje se exhibe, y cae forzosamente bajo la crítica, según las inspiraciones de su fisonomía, de su figura ó de sus modales.

— *Voilà le prince de Saint-Opale!*

— *Il est mince.... mais il a de l'argent!*

— Este señor grueso que se acerca es el ministro del Paraguay.

—¡Cómo del Paraguay!.... El Paraguay no es nación: es una *forêt noire*.... Es ministro del Uruguay....

— *Pardon!.... vous me faites rire.... L'Uruguay c'est un fleuve.... qui sépare le Chili de la République Argentinà.... J'ai lu ça dans un roman de Méry....*

La discusión quedó resuelta por la intervención del director del establecimiento.

— *Faites-moi le plaisir de me dire.... ce Monsieur qui vient de passer, c'est un ministre?*

— *Oui. Selon sa carte il représente l'Uruguay; mais on m'a dit que l'Uruguay appartient à l'Empire du Brésil.... c'est le Rio Grande de l'Uruguay.*

— *Mais naturellement!....*

— *Voyons donc, voyons donc!....*

***

Una mañana corrió en el *Grand-Hôtel* una noticia sensacional.

Monsieur Vanderbilt et Madame aparecían en el indicador.

Los datos que se tenían adquiridos por el *Prince de Saint-Opale,* eran los siguientes:

Monsieur Vanderbilt había bajado en Nápoles, — adonde llegara en *su yacht,* dirigiéndose á Roma, — acompañado de otro banquero, Rice, su viejo amigo.

Le Prince, amigo de todo el mundo *chic* que llegaba al hotel, era el cascabel que ponía en alarma á todo el *tourismo,* aun cuando llenando las formas y aparentando esa indiferencia aristocrática que es una de las habilidades características sólo en la educación más fina y sólida de las grandes familias.

— ¿No sabe usted, señor, si Monsieur Vanderbilt come en *table d'hôte?* — interrogó un señor de edad, de larga barba blanca, de alta estatura, con acento austriaco, pero hablando buen francés, y dirigiéndose á un diplomático de Sud-América.

— *Le Prince de Saint-Opale* acaba de informarme que Monsieur Vanderbilt ha retenido la mesa 4, enfrente de la mía, en el Restaurant.

— Tengo suma curiosidad de verlo; yo le conocí hace 20 años en New-York: le he vendido algunos cuadros notables.

—¿Es usted pintor?

—Fuí coleccionista. Hoy yo compro cuadros si se me presentan *chefs-d'œuvre* que no posea.

Espero que el señor ministro del Uruguay, acreditado también ante la corte de Austria, según me ha informado *le Prince de Saint-Opale,* me hará el honor de visitar mi casa. He aquí mi tarjeta: — *Château de Volsvolsteng, en las montañas de Bomerwald.* — Mi yerno es muy aficionado á la caza y tendrá gran placer en penetrar con usted en nuestros bosques y parques. Ya me ha informado también *le Prince de Saint-Opale,* que tiene usted un perro magnífico, Duc, color chocolate y las cuatro extremidades de las patas, blancas.

—¡Ah!.... sí.... *ma femme de chambre* me dijo ayer que mi perro era muy distinguido, porque andaba siempre de guantes blancos.... Si usted me habla de cacería.... tendrá usted en mí el mejor de los amigos.... Soñaré con las *montañas de Bomerwald.*

Volsvolsteng era un ricacho querido en todo el Imperio de Austria, porque una gran parte de su fortuna la había destinado á la construcción de grandiosos establecimientos municipales. Su nombre estaba vinculado, no sólo á la población judía, á que él pertenecía como garbanzo de á libra, sino á los millones de menesterosos de otro tronco que constituyen una gran parte de la población del Austria.

Á mediodía todo el *tourismo* sufrió una decepción.

La mesa núm. 4, adornada con rosas rojas, no pertenecía á Vanderbilt.

Éste no había llegado á Roma. Se trataba de Mister Wanderweisse, su esposa y el propietario de minas de carbón, Mister Rice, un viejito elegante de 70 años.

Saint-Opale se encargó de propagar la voz: *Nous avons manqué Vanderbilt; mais ils sont si riches que lui.... les deux ensemble, bien entendu.*

Todas las mesas del restaurant estaban ocupadas ese día por la distinción más notable. Las señoras habían esmerado su *toilette* correctísima; las joyas más hábiles y deslumbrantes cambiaban sus efectos de luz de descote en descote, y las cabecitas artísticas brillaban delante de las rosas.

La señora Wanderweisse era el tipo sobresaliente de la mujer elegantè.

Su entrada produjo un murmullo ligero, á pesar de la forzada indiferencia á que obliga el alto tono.

Su marido, joven, muy bien vestido, con aire de indiferencia, ofrecía, sin embargo, al observador mundano el aspecto de una mosca envuelta por telaraña.

Aquella esposa de segundas nupcias y de 40 años, lo tenía sin duda envuelto en la telaraña de sus voluptuosidades.

En Roma la juventud más brillante de la mujer es de 35 á 50 años.

La *Fuente de Trevi* tiene el poder sin duda de reconstituir las fatigadas dulzuras.

Esa *Acqua Virgo ó Acqua Vergine,* como le llaman á la fresca corriente del Acueducto de Agrippa, es sin duda un específico secreto que detiene la voracidad del tiempo, y Madame Wanderweisse, aun en vida de su primer marido, bebía en su *yacht,* durante sus viajes, el agua de *Trevi,* transportada en elegantes ánforas.

El marido, de origen alemán, no pronunciaba una sola palabra.

El viejito era bastante conversador, y observaba de cuando en cuando, con su lente, las demás mesas,

como adivinando que su esplendidísima amiga debía ser objeto de favorables pensamientos entre los lobos vestidos de etiqueta.

***

El diplomático no dejó de ocupar su mesa en frente de la bebedora de agua de *Trevi;* y la frecuencia con que se habían encontrado en diversas visitas *en emploi de la journée,* estableció un ligero movimiento de cabeza del diplomático, contestado con una ligera sonrisa, en un momento oportuno, generalmente después de la segunda botella de Pipper, ó cuando el correcto de 70 años se reconcentraba en un pedazo de salmón con salsa de Chambertin.

La *Villa Pamphili-Doria,* llamada el *Belrespiro,* no tenía oxígeno si no cruzaba el carruaje que adornaba Madame Wanderweisse, por las avenidas de frondosos nogales, ó no se detenía ante las aguas del lago artificial á contemplar los cisnes, cuyo color imitaba su carne blanca.

Los dos brillantes puestos en los ojos de un famoso Papa, cuya efigie concurre al lujo de *San Pablo,* parecían enturbiados si la figura de aquella señora no se deslizaba sobre el piso de alabastro, malaquita y pórfido de la más artística iglesia.

En *Capanelle,* durante las carreras de caballos, la fiesta parecía más espléndida con su presencia, en medio de las damas de la corte y del brillo regio, á que concurre siempre el rey, en su *vis-à-vis* elegante, con su cochero de peluca blanca rizada, que se esfuerza en sostener al paso los soberbios caballos, á un lado de la avenida, mientras toda la concurrencia desfila lentamente en sus coches para saludar con efusión al bondadoso Monarca.

La vuelta de las carreras en Roma, es una manifestación de muda sociabilidad, al desfilar los coches con sus escarapelas visibles, á la inversa de la vertiginosa vuelta de las reuniones de *Longchamps*.

El saludo del rey al coche de la preciosa viajera, parecía un homenaje instintivo al predominio de la sangre azul.

Un grave toque de corneta anunciaba á los reyes. *No tocaban bandas, ni himnos* en aquellas campiñas de *Capanelle*, donde el rey y la reina se asocian á la sociedad de Roma, como caballero y como señora, para recibir las emociones del *Steeple-Chasse*, que conserva, por sus formas violentas y la larga distancia, algo de las prácticas viejas del antiguo circo.

Y sin *ella*, el puente de la Regina Margarita, el Campo de Marte y la avenida frente á las fortificaciones nuevas; la *Villa Madama, vis-à-vis* del Monte Mario, á cuya falda se cruza el Ponte Mollo para volver hacia atrás por la *Via Rondinella* hasta llegar á la *Acqua Acetosa*, que desarrolla los jugos del populacho para batallar con las pastas y *abbachio;* — sin *ella*, todo tomaba un tinte de tristeza.

En todas estas expediciones, los encuentros hacían gesticular á Mister Rice; pero no podían producir incidente alguno, ante la circunspección de *Monsieur le Ministre*.

Una tarde, al encontrarse los tres viajeros distinguidos con el diplomático, Mister Rice sorprendió la sonrisa de *Madame Wanderweisse*, en momentos que penetraban en el salón central.

Durante la comida, no llevaba Mister Rice el tenedor á la boca sin dirigir miradas de soslayo á la mesa del ministro, y cuando Rice llegó á convencerse de que aquél miraba con demasiada frecuencia á su mesa, no pudo contener su impaciencia. Se levantó, dándose un

tirón de la servilleta, golpeando con el puño la mesa; pero detuvo su impulso, ante la impasibilidad del ministro, que no hizo mérito de la actitud de Mister Rice, y dirigiéndose éste á la mesa del *Prince de Saint-Opale,* le pidió una entrevista.

Le Prince de Saint-Opale, que había advertido la causa del enojo de Rice, se acercó al ministro, mientras tomaba el café en una de las mesas del salón central, y expresó la contrariedad en que se encontraba Mister Rice por las frecuentes miradas á la señora Wanderweisse.

Entonces el ministro, tomando las manos al *Prince,* le manifestó que Mister Rice estaba en un error; que las miradas no iban dirigidas á la señora, sino á él, á Rice.

—¡Cómo á Rice!—dijo *le Prince.*

—*Mais oui.... je le regarde toujours, parce qu'il ressemble à mon père.*

Le Prince encontró el episodio notable, y se presentó á Madame Wanderweisse, á su esposo y al amigo Mister Rice con aire muy formal.

—*Madame, le ministre n'a pas commis une faute; ses regards sont dirigés à Mister Rice, parce qu'il lui porte le souvenir de son père.*

Mister Rice dijo en el acto:

—Esto tendré que apuntarlo en mis memorias artísticas.— *Very nice.*

Al día siguiente, el ministro, invitado por los distinguidos viajeros, tomaba una copa de champagne en la sobremesa de la mesa número 4, y dando el brazo á Madame, al cruzar el salón para subir al carruaje, formaba el cuarteto de expedición improvisada en dirección á las *Termas Antonianas.*

Un episodio desgraciado vino á afectar la felicidad de Madame Wanderweisse. En las Termas, el perro

blanco lanudo; una curiosidad por su pequeño tamaño y por su inteligencia, penetró en una de las cuevas del subterráneo, y cayéndole encima un trozo de muro, que frecuentemente se desprenden en esos huecos, cuya entrada es prohibida, quedó el pobre animalito aplastado, muerto.

La vuelta al hotel fué necesaria; la señora no quiso bajar más al salón.... se vestía de luto.

Saint-Opale decía al ministro:

—¿Ha visto qué desgracia para la señora?.... Este amor á los perros es adquirido en Roma, donde es sorprendente la variedad de perros finos que lucen en los carruajes de gente muy bien. Dentro de algunos años habrá estatuas de perros ... Había un embajador que tenía un perro danés muy inteligente, cuya muerte fué comunicada á su gobierno, manteniéndose durante 24 horas la bandera á media asta.

—*¿Pourquoi n'offrez-vous pas à Madame votre chien à gants blancs?*... solía decir al diplomático, *le Prince.*

***

La amistad del ministro se fortificaba naturalmente en esos momentos de abatimiento y de duelo.

Mister Rice había prometido al diplomático mostrarle sus memorias íntimas sobre arte, y exclamaba:

—Yo puedo probar que *Michele Angelo,* al pintar el plafón de la Capilla Sixtina, había tomado varias copas de whisky, y que cuando pintó la escena del juicio final estaba completamente *drink.* Mis memorias no serán leídas sino después de mi muerte; pero, como una demostración excepcional de consideración, las pondré á su disposición en mi escritorio,

ante mi presencia, para explicar á usted lo que no pueda entender. Puedo probar también que el Fauno, en piedra roja, comiendo uvas, no pertenece ni á Praxíteles ni á Phidias, y está mal colocado en la *Sala del Gladiador moribundo.*

Entre tanto, el perro de patas blancas había sido ofrecido á Madame Wanderweisse, y sólo aceptado, en caso de que el diplomático les acompañara en su *yacht* hasta Londres.

—Sólo en Londres podremos retribuir las atenciones al señor Ministro.

Cuando todo sonreía y se preparaba la expedición á partir, el diplomático, levantándose más temprano que nunca, para leer algunas notas recibidas de Montevideo, escribió en seguida una cartita á sus buenos amigos:

—*Je suis abîmé; je pars pour mon pays. Mon président m'a fait consul.... Adieu!*

Y tomó el tren-relámpago para Génova.

Para el álbum de Sarah.

Para el álbum de Sarah.

> Voulez-vous accepter une fleur cueillie dans nos champs incultes de notre zone méridionale?
>
> TAX.

Sarah Bernhardt no necesita de nuestros aplausos, ni de nuestros juicios críticos sobre su talento, sobre sus actitudes dramáticas, sobre sus gestos y miradas, que son como un juego de piezas movibles, en que no existe una impresión ó sentimiento humano que no esté patentizado; sobre sus trajes audaces y voluptuosos, de su propia inventiva, con la preocupación de caracterizarse originalmente y de modo que artista alguna pueda ó se atreva á imitarla con éxito.

No necesita de nosotros, porque París es suyo. Sarah Bernhardt no es una estrella del arte parisiense, es más: es un cometa único, luminoso como el del año 1882, que reunía á la alborada á todo el mundo en las azoteas para extasiarse con sus efectos encantadores.

Estrellas hay muchas, y todas son fijas. Sarah Bernhardt es un cometa, porque su órbita no es cono-

cida, y nada se puede prever sobre sus gestos, sus interpretaciones, sus actitudes siempre sorprendentes, siempre audaces, siempre innovando.

París es suyo, y basta.... ¿Qué pudiera importarle á Sarah que el resto del mundo no la aplaudiese?

Como producto artístico — *article de Paris* — Sarah sólo es comparable con un vaso regio de Sevres con alegorías de pasiones, de guerras, de héroes, de glorias.

Si el público no estuviese preparado para conocer el artículo, no sería culpa de la señora Sarah, y naturalmente, el vaso no daría muestras visibles de resentimiento porque no conocieran su mérito. Volvería á su sitio natural, sin enojo ni detrimento.... Pero todo el mundo ha aceptado á Sarah Bernhardt, incluso *Montevideo*, reconociendo que las diversas críticas que pueden hacerse á la artista extraña, son siempre sobre la base de que se refieren á un *genio artístico*.

Y nuestro modesto público ha recibido una muestra de alta consideración de parte de Sarah Bernhardt, que es justo recordarla, en demostración de que *el cometa* no ha aparecido en esta ciudad como medio de rehacer la fortuna que le fué robada, presentándose en la escena con despreocupación ó desprecio, haciendo trabajo de pacotilla como los relojes de *Longines*.

Durante la representación de *La Dama de las Camelias*, Sarah extrañó la frialdad del público, como mujer observadora y acostumbrada al mundo.

La sala de Solís se imponía. Aquellas mujeres de ojos de piedras preciosas, aquellas figuras esbeltas de modestos é inmodestos descotes, accidentados con las sinuosidades perfectas de dos limones, ó dos naranjas de ombligo, ó dos sidras, ó dos sandías (como excepción); aquellas *toilettes* dignas del ingenio de

modistas creadoras, tenían que despertar vivo interés en una mujer sobresaliente.

Las mujeres lindas y esculturales producen hombres distinguidos. *Ça va sans dire.*

Sarah Bernhardt, resentida por la frialdad de nuestra sala, reconocía implícitamente la distinción de nuestro público más aristocrático.

Por eso en *Fedora*, personificando el amor, la tenacidad de la venganza, el despecho y la ira, la reacción por un sentimiento de justicia, su repentina pasión por quien había juzgado asesino, mezclada á un sentimiento de humanidad por aquel hombre que estaba perdido si salía de su casa, y cuya honorabilidad había justificado perfectamente; su desesperación ante los efectos de su plan de venganza recaídos sobre seres inocentes, su convencimiento de la imposibilidad de una reconciliación, su suicidio.... con todo esto se propuso estrujarnos á todos, transportándonos con ella de una pasión á otra, de una emoción á un dolor profundo:—arteria, médula y sangre, todo sufría la intensidad eléctrica de la artista.

El último pensamiento de aquella noche, antes de entregarnos á Morfeo, iluminados por la lamparilla azul, fué el de *Fedora* lujosa, voluptuosa, adorable, chispeante.... muerta!!....

Es hoy general que muchas personas de buen gusto hagan críticas severas contra Sarah; pero estas manifestaciones son producidas por la naturaleza del genio de Sarah Bernhardt.

Sarah tiene la virtud de apasionar sin saberlo la víctima. Ésta, encontrándose con la acción de un principio nocivo como es el amor que no tiene la tranquilidad que ofrece el tacto del ser querido, se exalta naturalmente y embravece, desbordándose en palabras y juicios ásperos, como le pasa á toda per-

sona que ama en silencio y no es correspondida ó se han alejado de ella.

Si la persona seducida por Sarah es un ser ordinario, persiste en su crítica irritada y vengativa; pero si es una persona culta ó un *esprit fin,* renuncia buenamente á compartir con Sarah las idealidades de una conquista imposible, y se tranquiliza convirtiéndose simplemente en su admirador de frac, guante lila y anteojos de *Flammarion* en el *palco celestial,* balcón núm. 49, de Kubly y Arteaga....

Les frères Forteza for ever!!

....

Cediendo Sarah á su mismo propósito, nos hizo *Tosca,* cuyo argumento tiene cierto punto de contacto con *Fedora,* en la actitud moral de ambas al producir por error la persecución del amante.

Tosca, celosa, era demasiado espléndida para que su amante experimentara felicidad.... La verdadera felicidad del hombre consiste en que lo celen....

Estaba de por medio para impedirlo la autoridad cruel.... que torturaba sin indemnizaciones, como en nuestro caso célebre de *Volpi* y *Patrone.*

—*Éranoui.*

Era lógico que fuese causante de tanto mal la *cuidadora de cabras.*

—*Elle les avait laissé échapper, et voilà tout*....

Nadie puede impunemente cambiar de una posición que es arreglada á su temperamento, por otra que no se aviene á sus tendencias.

La *Tosca,* suponiendo que el abanico de la *Marquise* era un caso grave para su relación amorosa, no hubiera cometido, á pesar de su amor sincero y desnudo, los males á que arrastró á su amante y á sí misma, si en vez de *gardeuse de chèvres,* hubiera tenido la educación del gran mundo, que emplea la

disimulación y la represalia, en vez del castigo directo de la falta, que es fenómeno natural, como volcán que humea ó como arroyo que sale de quicio y destroza.

Divine Sarah, au plaisir immense de vous revoir!

En los campos incultos.

En los campos incultos.

No se escribe lo mismo en presencia de Sarah Bernhardt, ante la influencia de su chisporroteo artístico y sus iluminaciones de luciérnaga inquieta en las sombras de nuestros sueños agitados durante su temporada del 25 de Agosto, que poseídos de la emoción melancólica que ha producido su alejamiento de Montevideo, en cuyas costas del Norte, el ruido de las olas y sus blancas espumas, deshechas en las rocas y paredones, imitaban sarcásticamente nuestros anhelos vehementes, pero inútiles.

Todos los admiradores de Sarah, graves á su alrededor, acariciaban en secreto la idea de un rapto, como medio de obligarla á constituir aquí lo que en París es su *confort* y su civilización artística; y si tal empresa podía considerarse locura, Sarah, ejercitada en esa clarovidencia que le es peculiar, penetró el sentimiento íntimo, aunque absurdo, de su cortejo, y al contemplar su nombre en espléndida bandera al tope del *Emperor*, adornado con flores y tules, cruzó por su mente una idea diabólica, rehusándose repentinamente á aceptar los ofrecimientos (que no habían sido objeto de anterior convenio), pensando que todo

aquel aparato podría ser un presente griego para embicarla en el *Banco Inglés* ó en las *Restingas del Pájaro.*

—Es Monsieur Lussich, es el autor de los «Naufragios célebres», el capitán del *bateau.*

—*Assez d'Empereur* avec Monsieur Decori *dans Théodora. J'aime mieux l'«Uruguay»: c'est plus républicain. Monsieur Tax, pas d'Empereur, pas d'Empereur: c'est le bateau l'«Uruguay» qu'il m'en faut.*

La comitiva del *Emperor,* acostumbrada á grandes emociones, no se perturbó por este acto genial de Sarah, y dirigiendo sus miradas á una distinguida parisiense, *Madame Ulmann,* que interesaba vivamente por su tipo característico de la más refinada cultura social, proclamó para ocupar el sitio de reina á aquella señora, sorprendida en su *nonchalance* y erigida inesperadamente en *Emperatriz* del barco.

Sarah Bernhardt llegó en el vaporcito *Uruguay* á toda fuerza, bien pronto, al costado del *Portugal,* y como tardaran en prepararle el pasaje de la borda del *petit bateau* al portalón del coloso, dando vuelta su faz hacia nuestra costa poética con sus brumas primaverales y sus gaviotas mendigas de los buques, exclamó:

—*Moins je suis dans le bateau, plus je suis heureuse.*

*
* *

La bahía estaba serena, encantadora, con una franja de venturina en el horizonte, todo digno del pincel de Enrique Estrázulas ó de Manolo Larravide.

Si las gaviotas tuvieran el mérito de *les sarcelles,* no estarían ahí concurriendo al panorama con su

blanco plumaje y sus patitas eléctricas, salpicando la espuma ó la onda azul: todas hubieran desaparecido por chumbos de *Tax*.... ¡Oh, qué placer, si se pudiera volver *aux champs incultes!*

Sarah á cada instante decía una frase digna de atención y de exquisita galantería, sin afectación y sin malignidad.

Sus genialidades suelen perjudicarla, porque los resentidos la calumnian, no conociendo que esa ambición de conocer y tratar á Sarah Bernhardt, no puede realizarse con la misma facilidad que ofrecen ciertas estrellas de falso cielo, que necesitan de la benevolencia de todos, conseguida con adulaciones anunciadas con matraca.

Sarah Bernhardt no podría, como ser humano, vivir y descansar, si permitiera á su lado las manifestaciones espontáneas de la admiración del arte y *del sentimiento más común de la humanidad.*

— *C'est sûr qu'elle étoufferait.*

Las personas de buen criterio deben encontrar bien natural que Sarah reglamente su hotel y su *loge,* como el Papa su Vaticano, y aun con más rigor.

El rubí del Papa se besa en determinados días.

Sarah no permitiría debilidades ó misticismos — y haría perfectamente bien — sobre sus piedras preciosas.

*
* *

—La crónica de Vd. es también, como el vaso de Sevres, artículo de París.

— Madame: no tengo vanidad de escritor; pero el aplauso de Vd. me autoriza á tenerla. Mi vanidad hasta hoy es bien modesta: — *Mon chien de chasse, très aristocratique parce qu'il mord aux créanciers,*

parce qu'il caresse les personnes distinguées et démontre son orgueil comme premier prix dans un concours à Rome des plus fins ennemis des perdreaux.

— Monsieur Tax, j'ai accepté la fleur cueillie dans les champs incultes; mais je désire très-formellement connaître ces champs; et il faut me conduire à la chasse de chevreuils.

— Est-ce que vous avez des armes?

— Mais oui! J'ai mon Éclair à 800 mètres.

Todos los esfuerzos de *Tax* fueron inútiles para organizar un paseo campestre en cierta forma de comodidad, cambiando el número del programa: *chevreuils* por una buena *cave* en Toledo, un *château* — *château* Federico Vidiella — con todos los accesorios gratos y unas 700 hectáreas de buen pasto para caminar al oxígeno y voltear unas veinte perdices durante diez horas de esfuerzo, con un mestizo de *pointer y galgo de Milán.*

Sarah Bernhardt ambicionaba caza mayor, y ya puesta en ese temperamento, era difícil impedir su propósito.

— Il m'en faut des chevreuils, ou des chats-tigres.

Messieurs Decori, Angeli, Darmont, Deval, Tarenne, habían comprendido que era necesario complacer á la famosa estrella.

Tax se acordó de su gato de Minas, diciéndole con cierta tristeza:

— Yo tengo un gato espléndido en Cebollatí; pero no hay tiempo de traerlo.

Sarah, en conocimiento de la propiedad felina montés de *Tax,* quiso mandar en tren expreso á Minas á Monsieur Decori, acompañado de un baqueano de los campos incultos, para conseguir el gato; y su exaltación era tanta, que pretendía organizar una expedición sin tardanza, *sur-le-champ.*

—*Monsieur Decori, partez, faites.... deux chevaux à l'instant.... deux juments!.... Oh mon Dieu!*

Tax tomó la cuestión con calma, y notando que no era posible demostrar la inutilidad de la expedición ante la proximidad de la partida, se propuso hacer girar el tema sobre un eje *d'esprit,* é interesando la atención de la señora Sarah, presentó la siguiente adivinanza:

—¿Cómo podría colocarse *un chat* en la cabeza de cualquiera, y presentarse en Londres sin que ninguno lo advirtiera?

— *Dites, dites, Monsieur Tax. Je veux le savoir.*

— *Très-facilement. Il suffit de quiter le C au chat et vous obtiendrez un Hat* (sombrero), *et alors les anglais resteront comme toujours sérieux.*

Madame Sarah Bernhardt — continuó *Tax* — si hay dificultades para realizar la combinación del *Hat,* existen mayores para obtener el *chat-tigre* de Minas antes de la salida del *Portugal.*

La idea sobre adquisición del gato quedó completamente disipada, y la expedición *aux chevreuils,* definitivamente pactada, con supresión de toda persona que no fuera devota á San Humberto.

Los amigos de *Tax,* al bombo.

Tax quiso eliminarse; pero la señora Sarah dijo:

— *Monsieur Tax, silence! Vous ne pouvez pas manquer: il nous faut un premier machiniste.*

— *Très-bien; j'accepte, si vos charbonnières pleines de talent et de grâce, sont en disponibilité.*

***

Sarah Bernhardt había hecho preparar el *panier*, — modesta clasificación á cinco grandes cajas de *Champagne Rœderer, Pâté de foie gras, Abacaxis, Dindes truffées, Liqueurs.*

Tax, en menor escala, llevaba su *panier* de *Johannisberg* — ese vino rubio del color de sus cabellos — *Moet et Chandon, et cigares de la « Prominencia ».*

Á las 2 de la mañana el tren expreso cortaba la escarcha, anunciando con ráfagas de vapor y el estrépito desigual del pito, la proximidad del peligro á las soñolientas ovejas, acostumbradas á reposar en el *balastro* de las curvas.

El Rhin era exquisito, el Champagne estimulaba la espiritualidad.

La cena en el expreso fué interesante.

Los brindis, breves y expresivos.

Sarah Bernhardt hizo un justo elogio á nuestras mujeres.

Tax brindó al talento y al corazón de la Francia.

Madame Marcelle Deval dijo con inmortal estilo un verso de Musset:

Nous écoutions la nuit, etc.



Tres *breaks* preparados á nuestro estilo criollo, esperaban á la comitiva en la estación « Florida », con buenos fletes y muchachos-cocheros, diestros en los pasos de los arroyos crecidos y en los repechos y bajadas.

— *En route !*

—*Est-ce que vous désirez connaître Monsieur le Préfet ?*

—*Non, Monsieur Tax, pas de Préfet, pas de Police; nous sommes bien préparés pour résister tout seuls aux bandits.*

Todo el mundo de botas granaderas.

Sarah Bernhardt, con un traje riquísimo color marrón, botas altas de charol, un peto celeste apenas perceptible, un sombrero blanco, gacho, sujeto por largo alfiler, de punta de turquesas, y su Wínchester *Éclair* á 800 metros.

Tenía el aire del estudiante Pereda en *La Forza del Destino.*

Son Pereda, son rico d'onore.

La impresión más culminante fué la entrada de los *breaks* al paso crecido del arroyo Santa Lucía.

— *Une photographie.... c'est ravissant!*

***

Un *pecho-colorado* sobre una matita de gramilla, produjo la primera conmoción á los cazadores intérpretes de Dumas y Sardou.

— *Arrêtez!.... arrêtez!*

Los cocheros no entendían la voz de mando. Siguieron al trote, y espantaron el pájaro.

No tardó en presentarse otro ejemplar ornitológico, luciendo el pecho rojo entre las espinas de unos cardos.

— Estos *pecho-colorados* andan endemoniados con las *escriciones* de votos y las cédulas de vecindad, — dijo uno de los cocheros. — ¡Ahí lo tienen á tiro!

Y un tropel de tiradores con escopetas Greener, otros con rifles, pálidos y nerviosos, hicieron una des-

carga cerrada al pobre rojo y le destrozaron hasta el punto de no conocerse el color de la pluma.

Este accidente motivó una oportuna reglamentación.

Se votó por aclamación que la señora Sarah indicase el turno de cada cazador.

— *Tax! Tax! Tax! deux grands oiseaux dans le lac.... à vous!....*

— *Deux canards, Madame.... silence!* ....

Los patos estaban cerca uno de otro, en la sombra de una barranquita al borde del agua; sus cabecitas redondas, de picos chatos, atentas á los movimientos de la comitiva, indicaban que estaban alerta, y se mecían sobre sus nadaderas de cabritilla gruesa, buscando seguro apoyo para desplegar sus alas de azul tornasol con ribetes marrón, y lucir en la altura sus pechos impermeables con pintitas blancas.

Duc se arrastraba como una anguila, interpretando los movimientos de *Tax* al aproximarse al tajamar sigilosamente.

¡*Pum!*.... á 40 metros.

¡*Pum!*.... á 55 metros.

Los patos lucieron sus colores un momento, se despidieron del sol abriendo en el aire sus picos anchos, y cayeron en revoloteos á satisfacer las ansias de *Duc,* que trajo, por turno, á los pies de su señor, dos espléndidos *sarcelles,* ofrecidos en el acto á la adorable reina.

— *Bravo!* ... *bravo!* ....

Una bandada de *pecho-amarillos* por un lado, con sus gritos que parecen de auxilio en un momento muy desesperado; á otro lado algunos *rojos* dispersos, con su estridente criik - criik; en los alambrados una bandada de torcazas; en la cuchilla unos teruteros auteros.

Sarah, recibiendo en su coche una cantidad enorme de pájaros y palomas, que formaban un conjunto muy vistoso, era tan feliz como Diana en sus espléndidos días al pie de la montaña.

La naturaleza prestó concurso incondicional á aquel día de descanso para Sarah, ávida, naturalmente, de sacudirse el polvo de las bambalinas y máquinas de Solís, y restaurar su fisiología traqueada por las emociones de la gloria, aspirando el oxígeno puro de campos incultos, verdes, frescos y placenteros.

Sarah Bernhardt anhelaba aproximarse á los *chevreuils*.

Los *breaks* iban ya próximos á la estancia de don Marcelino Urioste, de sabor clásico oriental.

La comitiva llamó la atención desde lejos, y don Marcelino ya supuso que se trataba de visitantes para su estancia.

— Nuestro objeto, señor, es entrar al campo y encontrar venados. Necesitamos á todo trance matar unos venados, aunque no tengamos que comer en todo el día.

El propietario quería ser amable y no se animaba.

Se encontraba en una situación difícil, rodeado de tanto cazador, y sobre todo de Sarah Bernhardt y Marcelle Deval, cuyos trajes de hombre no les privaba de la gracia y seducción de su sexo.

El disfraz de aquéllas no era para don Marcelino, ni para nadie, capaz de hacer confundir un sexo con otro.

Esos trajes de caza son coquetos y estudiadamente seductores, á diferencia del traje de Don Juan al entrar al serrallo disfrazado de mujer.

Nadie hubiera dicho que Don Juan no era una legítima moza, la noche de su encierro en el serrallo, y

si bien las turcas se mostraron demasiado empeñosas en ofrecer su lecho á la recién llegada, debe suponerse que fué por pura amabilidad y no por el instinto del sexo que conoce al otro por su característico perfume.

Don Marcelino, hombre viejo, así mismo tuvo su *desconfianza* sobre *las cazadoras;* pero en cuanto las *olfateó de cerca,* hubiera querido convertir á Madame Deval, por lo menos en la inocente *Doudou,* para hacerla soñar con la manzana de oro de cuyo centro salió el áspid autor del grito que despertó en sobresalto á sus compañeras envidiosas.

El propietario, repuesto de su emoción, se acomodó el gacho, se rascó la oreja é hizo una mueca que no pasó inadvertida para Sarah y que se comentó más tarde.

La mueca del *gourmet* leyendo un *menu* de encargo para otra mesa, *chez Charpentier.*

Don Marcelino habló finalmente, y mandó un peón para que indicara á la expedición el sitio de los venados.

Eran las diez cuando aparecieron los *chevreuils* á distancia de quince cuadras.

— *Silence!.... silence!.... les voilà!.... Monsieur Decori, mettez six balles.*

Los tiradores fueron colocados por Sarah en guerrilla, tomando una extensión de cinco cuadras.

Los venados estaban á ocho, alejándose despacio.

— *Faites feu!* — gritó Sarah.

Y una tormenta de balas se desencadenó sobre los pobres venados, que huyeron despavoridos é ilesos hasta saltar los alambrados, y para no reaparecer, quién sabe en cuánto tiempo, en el mismo potrero.

— *Je ne suis pas contente.*

— Es necesario corregir el método. Tres tiradores

solamente deben desprenderse del grupo, y el resto quieto: que sea el tribunal de honor que decida del mérito de los blancos.

— *D'accord.*

Sarah, Marcelle, Tax, formaron la vanguardia de un nuevo reconocimiento.

El resto del grupo quedó compacto y quieto en unas rocas, que parecían apiñadas por la escoba de un gigante sobre una colina verdosa y fresca de agua de sus manantiales.

Tres venados surgieron de una cañada de leve murmullo, y estiraron sus pescuezos color *racahout des arabes.*

Sarah arregló su mira á 800 metros y tiró nerviosa.

El venado recibió tierra en su barriga blanca y se *espaturró.* La bala pegó cerquita.

— *A moi!* — dijo *Tax.*

— *Non, non, non; laissez-moi tirer: il faut que je tire.*

— *Vous êtes nerveuse.... Pardon!*

Y *Tax* apuntaba á una venada con su Martiny.

— *Ne m'agacez pas, Monsieur Tax: coquin que vous êtes!*

El tiro de *Tax* fué certero. La venada cayó como herida por el rayo. La bala le atravesó el cráneo.

— *Infâme!.... mais le coup a été admirable!*

— *Vous me querellez, Madame. Est-ce que vous croyez que vous êtes vous seule Sarah Bernhardt?.... Moi aussi je suis Sarah Bernhardt au sujet de nerfs.*

— *Mais, Monsieur Tax, c'est tout fini; allons voir le fameux chevreuil.... vous tirez admirablement!!!*

Á poco rato, apareció atónito un avestruz macho, espléndido de pluma.

— *Voilà l'autruche; préparez votre hausse à 800 mètres.*

— *Pum!*

Une balle ravissante de Madame Sarah Bernhardt se alojó en el tronco del cuello, ya amortajado por su propia pluma, del bizarro zancudo.

El tribunal de honor, que contemplaba mudo las escenas, se precipitó en seguida desde la colina verdosa, proclamando á los tiradores.

Número 1, Sarah Bernhardt.

Número 2, *Tax.*

— *Et vous, Madame Marcelle?*

— *J'ai oublié mes cartouches.*

— *Oh! Madame, vous blessez toujours sans armes.*

***

— Doctor *Tax:* manda decir don Marcelino que los asados con cuero van á estar prontos y que les avise á los franceses para que no tarden, porque se pueden pasar.

— Á las dos estaremos allí.

Y arrancó el peoncito, montado en un overo de día de fiesta, á todo galope hacia la estancia.

Los cazadores iban llegando al llamado de Sarah Bernhardt, porque es agradable obedecerla.

La comitiva tomó su asiento respectivo en los *breaks*, y don Marcelino, mirando su reloj, dió muestras de satisfacción, notando la exactitud de los franceses.

Los expedicionarios invadieron la casa, ávidos de azotar la cara y las sienes con agua fresca.

Depuestas las armas, fueron reemplazadas por jabones *Lubin, Eau de Cologne, Héliotrope blanc.*

Los cazadores, alegres y espirituales como legítimos parisienses, se reían y contaban sus episodios.

Tax cantó en francés la serenata de *Faust*, mientras las *cazadoras*, encerradas en su *toilette*, refrescaban sus coqueterías y sus trajes.

Vous qui faites l'endormie,
N'entendez-vous pas....

*
* *

Vamos á ver los asados — dijo don Marcelino; — mire doctor: hace diez años que no veo *francesas*.... y éstas son superiores; dígale á la *Sarah* que he leído lo que le dicen en *La Razón*, y que le he carneado la mejor vaquillona del rodeo.

La impresión producida por los asados es indescriptible.

Era un cuadro sublime ver á Sarah Bernhardt — cubierta con una manta regia de pieles de lobo con botonadura de piezas de marfil de diez centímetros, esculpidas en diversas formas indianas: tigres, palmas, camellos, elefantes, chinos,— interrogando á los paisanos de *chiripá*, que, con natural agasajo, mostraban sus deseos dignos de reconocimiento, de atender lo mejor posible á aquella figura atrayente y dominadora.

En la mesa, sentada entre don Marcelino y *Tax*, hizo prodigios de espiritualidad.

Todos pronunciaron brindis en francés á favor de don Marcelino, y *Tax* los traducía.

— *Ce monsieur est-il riche?*

— *Il a des millions.*

— *Mais naturellement ! Je le connais au café qu'il prend, qu'il est riche.*

— *3.000 vaches et 20.000 moutons....*

— *Oooooh ! ! !....*

***

Á pesar de las dificultades del trayecto, que pasaron sin advertencia por el estado del ánimo y la influencia del día tan claro y tan bello, Madame Sarah Bernhardt suponía que nuestros caminos son como la *voirie* en Francia.

— *À dix heures du soir nous partirons pour Florida !*

Ahora, señor *Tax*, voy á hablar á Vd. muy formalmente:—*Je veux un drame. Je le traduirai pour mon théâtre à Paris.*

— *Madame....*

— *Ne discutez pas ; vous êtes bien capable de le faire avec un grand succès.*

— *Enfin.... je demanderai protection au ciel... et vous l'aurez.... en deux actes.*

***

La noche tranquila y ese fantaseo del viajero que en las sombras cree ver todo lo que desea y adora, hicieron aquella travesía inolvidable bajo el sonido de la voz celeste de Sarah, dejando perder en los espacios de nuestros campos incultos frases dignas de ser recogidas prolijamente por el criterio más sobresaliente entre los *habitués* de *Bignon Foy.*

Un retrato con margen blanco amplio, fué la sín-

tesis de una simpatía intelectual, romántica y caballeresca, entre *Sarah* y *Tax*.

« *Souvenir d'une journée adorable passée en sa compagnie, d'une querelle de chasseurs, et d'une promesse d'un chef-d'œuvre. — Sarah Bernhardt. — 1893.* »

Tax mandó su retrato con esta explicación:

« *Dans ce portrait je suis immobile comme sous l'influence d'un être aperçu subitement qui émeut et éblouit.* »

Dans le Bois de Viroflay.

Dans le Bois de Viroflay.

Entre un mirlo y la señorita Pinckert existe una diferencia notable: el mirlo canta de oído.

La soprano de Varsovia es un producto elaborado con todas las finezas artísticas del Conservatorio de Música.

Lucia di Lamermoor es ópera que, bajo su estilo romántico, extiende sus garras de esfinge á todas las sopranos de agilidad que, al abandonar su encierro, abren sus alas tímidas en la región luminosa de la gloria.

¡ Canta, gorjea, ó te devoro !

La señorita Pinckert ha superado las exigencias del romántico esfinge.

Para los que entienden música, como los profesores Giucci y Cerezo, ha colmado todas las exigencias del arte musical.

Para los que saben canto, es de una superioridad casi insuperable en el arte de emitir la voz, obteniendo efectos sorprendentes.

Para los que no saben música, ó para los que sabiendo música no saben apreciar las dificultades vencidas por la soprano en los pasajes culminantes de

Lucia, es decir, para los que juzgan por la impresión del conjunto, el éxito ha sido suficiente.

La señorita Pinckert, de temperamento nervioso, con un espíritu de observación tan minucioso como el de crítico de costumbres, con gran preocupación sobre su público, con su mirada de águila, con un poder visual que acerca los objetos y las caras, mientras canta y trepa y baja las escalas, sufriendo la mirada fascinadora del esfinge; la aristocrática soprano que contempla los detalles, estudia las impresiones de sus auditores, atribuyendo á un gesto de cansancio, de neuralgia ó de *pose*, una importancia de crítica desfavorable, se presentó en escena con una ligera inseguridad, que desapareció en los actos subsiguientes.

La sala de Solís estaba *scelta* anoche.

T. S. en la concha, significaba *tutto scelto.*

No era el público de anoche de esos que se deslumbran con fiestas químicas ó de esos públicos que aparentan estar deslumbrados porque les conviene, ó porque saben que la disimulación y la falsa adhesión, que es incondicional, puede ser autorizada por el lema de nuestro Solís grabado en el plafón: *Artes é Industria.*

El público era compuesto de muchos elementos competentes, de gente que ha cultivado, aunque indirectamente, su espíritu en el arte más que en la política.

¡Cuántos industriales que tienen fortuna adquirida con buenos cigarros, dulces y cerveza (las más grandes fortunas modernas de este país se deben al azúcar y al lúpulo), no tararearían la balada de *Rigoletto* ó el final de *Lucia*, si los impuestos se disminuyeran!

Es el culto del arte, no por asistencia al teatro, no por acción directa, sino por la acción de la mujer y del hogar.

El maestro de piano, primero, y después el maestro de canto; la correspondencia con la casa Ricordi, los recibos semanales con la concurrencia del más acreditado profesor.

Esta vida concluye por formar criterio musical á los nobles genoveses del Uruguay, á los orgullosos navegantes sobre el mar del lucro.

Era de mal efecto que algunos palcos estuvieran vacíos, — la sala de Solís parecía un salón de pinturas en el *Château de Villanov*, notándose el sitio vacío de algunas telas sobresalientes descolgadas del muro.

El palco presidencial estaba solo y sin luz.

Semejaba la parte frondosa y negra del bosque, donde el mirlo hacía oir sus trinos.

Con un público bastante preparado, la señorita Pinckert recibió el aplauso de los inteligentes y la admiración de la mujer montevideana, siempre sensible á la distinción y á la fineza, que con el arte forman el conjunto atrayente.

La mujer culta de Buenos Aires es de una rigidez convencional en el teatro: su mundo interno no se trasluce.

Nuestra mujer denuncia sus sentimientos gratos, sus simpatías; no disimula sino lo que le molesta ó lo que odia.

La señorita Pinckert debió notar que la generalidad de las concurrentes — por atenciosos movimientos de cabeza, por aplausos muy llamativos, á imitación de la Petri, que tiene el raro mérito *de ser dilettante* entusiasta, á la vez que estrella de canto — la habían aceptado como *regina*.

La señorita Pinckert, que ha desmentido la fama de las varsovianas, porque no es linda, la ha corroborado como espíritu parisiense, y como dotes sobresalientes de talento musical.

Como impresión personal de artistas polacos, cita *Tax* á la Wissiack, soprano dramática de formas esculturales y compañera de Gayarre en la temporada del 76 en Colón.

Esta señora tenía un punto de contacto con la Pinckert: su espíritu culto.

Aquel célebre pianista Jurkowsky, con la suavidad exquisita de la gente de Varsovia, encubierta por las tristezas grabadas en sus rasgos de hombre, como soldado de Kosciusko.

Las preciosas joyas, sus trajes de reina, su piececito, su estilo parisiense, aunque su figura de mujer parece de la Rumanía, contribuyen en mucho á ese éxito que ha tenido la Pinckert en todo el mundo crítico y elegante.

En el segundo acto cantó completamente segura, y en el tercero, cuando ya había vencido la superstición de su alma, sacudida por el fakirismo peculiar á todos los seres que son más espíritu que carne, nos desplegó su arte con una cierta pausa y mesura, perfectamente combinada con las flautas y violines, y que parecía demostrar la conciencia del dominio del canto, sus facultades aumentadas con la labor, y su orgullo muy legítimo de haber sido sometida á las pruebas más exigentes de la escuela para merecer su libertad, después de la amenaza del esfinge: *canta, gorjea, ó te devoro!*....

Donizetti escribió el rondó sin los adornos de escalas y trinos y gorjeos que las sopranos nos hacen oir.

Dentro de la forma ó del aire de la composición, la soprano coloca como elemento propio las agilidades, entonaciones y coloridos variables á que su órgano puede ser sometido.

La señorita Pinckert no es pródiga en agregados.

Es correcta y segura sobre lo que está escrito, y si su rondó es una canasta de flores aumentada con una preciosa diamela y una gardenia fresquísima, la canasta de la Patti, por ejemplo, se desbordaba en lluvias finísimas de aromas, y en flores agitadas de jardines ignorados y de perfumes hilarantes.

La parte dramática de la Pinckert es de un interés muy marcado.

Es suave.

Su canto tiene una expresión dramática notable; interpreta con una dulzura que deleita.

En algunos momentos la imaginación se figuraba un *bal d'oiseaux* siguiendo el ritmo del *rondó de Lacome.*

Des vers luisants sur les buissons
Brillaient comme les girandoles,
Les fauvettes et les pinsons
Tourbillonnaient en valses folles,
Et l'orchestre mystérieux
Raclant, soufflant à perdre haleine,
Balançait les couples joyeux
Par sa musique aérienne.
C'était par un soir de mai,
Le vent lutinait les roses
Et je vis d'étranges choses
Dans le bois de Viroflay.

Defensa de las costas.

Defensa de las costas.

Al distinguido escritor doctor don Teófilo E. Díaz (*Tax*). — Presente. — Tengo el gusto de remitir á Vd. un ejemplar del folleto titulado «La Defensa Marítima y Fluvial de la República Oriental del Uruguay», y desearía conocer su opinión sobre las ideas que expongo en él.

Saluda á Vd. muy atentamente. — *Francisco P. Miranda*. — S. c., Maciel 45, ó á bordo de la *Suárez*. — Montevideo, Octubre de 1895.

Tax agradece la remisión del folleto escrito por el señor Francisco P. Miranda, teniente 1.° de marina, y accediendo al pedido que éste le hace, emite su opinión sobre las ideas que en ese folleto expone el autor.

Nota *Tax* que el folleto le viene como anillo al dedo á la preocupación que le ha entrado al señor Presidente, de armar al país con lo mejor posible, á imitación de las naciones europeas.

El señor Presidente repite á todos, en conversaciones particulares, lo que ha sostenido en el acuerdo de Ministros. — Es necesario armarse: *si vis pacem, para bellum!*

El señor Presidente traduce constantemente este aforismo de la diplomacia: *si quieres la paz, prepárate para la guerra.*

El folleto del teniente Miranda se encuadra, pues, precisamente en la monomanía de la defensa nacional, que ha invadido á la previsora naturaleza de nuestra primera autoridad.

El Presidente de la República, preocupado con la defensa de las costas uruguayas, descuida la defensa de su conveniencia y de su criterio contra los *enemigos electorales.*

Esto parece griego, pero no es griego.

Todo el mundo va á entenderlo con una ligera explicación.

¿De cuándo data la monomanía de S. E., de establecer la *paz armada?*

Data del día siguiente á aquel en que S. E. solicitó del ex Presidente Herrera y de sus amigos políticos *la devolución de las balotas.*

Las balotas están en poder de S. E. actual.

Data del día siguiente á aquel en que S. E. actual inició el desbaratamiento de los negocios en fila que el ex Presidente Herrera tenía organizados, bajo la suprema dirección del doctor Ellauri.

En todo esto hizo bien el señor Presidente actual; pero no ha hecho bien en no advertir que Julio Herrera, disimulando, debía necesariamente llevarle, á semejanza de Caserio, pero en distinto estilo, el ambiente que fuere preciso para aletargar las iniciativas, para postrar los esfuerzos probables, para realizar el cansancio de la industria, de la sociabilidad, el cansancio de todo el país.

¡Sin balotas y sin negocios!.... esto no se perdona.

Julio Herrera ha empezado á defenderse.

Su primer dosis ha sido la inoculación de la *paz armada.*

¡Derrochad en armamento, derrochad en buques, derrochad en baterías, derrochad en fortalezas sobre las costas!.... que todo esto son como polainas de hierro que os coloco para atravesar el tembladeral de nuestros infortunios.

Consiguiendo el descrédito de la administración actual, los planes electorales serían más realizables.

No hago un cargo por la organización de negocios: hago sólo una observación.

En defecto de Banco á fondos en disponibilidad para evoluciones políticas, los negocios fundamentales — lobos, plata, fusiles, puerto, Buhigas, catastro, colonización, ferrocarriles — constituirían las fuentes de la preparación electoral presidencial próxima.

¿Creerá S. E. que puede prepararse una situación electoral sin dinero?

El primer proyectil bordista contra Herrera fué la reconcentración de balotas; pero el más certero, el que diezmó las filas, fué la decisión de no conceder al ex Presidente la supremacía en los negocios.

Una gran decepción fué para Julio Herrera comprender que entre las facultades constitucionales de don Juan Idiarte Borda no estaba la de ratificar en aquél su jerarquía de *Gran elector ad libitum.*

La habilidad y la astucia del senador por Soriano hacen esperar mucho de él, á pesar de lógicos desastres.

Y á su estilo florentino, no podía ofrecérsele una ocasión más propicia para su juego sutil.

La defensa nacional del territorio: — si vis pacem, para bellum!

Y esto dicho con la aparente inspiración de un genio que sólo busca la felicidad de su patria.

Su frase fué repetida sigilosamente.

Ya todos los empleados subalternos supieron que la felicidad de la patria consistía en el *si vis pacem, para bellum.*

El Presidente se encontró un día sugestionado en la famosa idea de la *paz armada.*

El folleto del señor Miranda debe halagar al señor Presidente, aunque no tiene propósito que no sea obra de impresiones patrióticas en un corazón de 20 años.

Á esa edad se contemplan los médanos de nuestra costa sudeste hasta la frontera, blancos como espuma de Champagne, y se sueña en ideales de fortificaciones que presenten panoramas brillantes al viajero, como los rombos y romboides del peñón de Gibraltar.

Reconozco estudios y talento, tanto en el señor teniente Miranda, como en el señor ingeniero Honoré, para precisar la situación conveniente de una batería, para organizar la defensa de las costas.

Creo, sin embargo, que no hay gran ciencia hoy en determinar la forma de una defensa positiva.

Conociendo el poder del adversario, la defensa es fácil establecerla.

LO DIFÍCIL ESTÁ EN DETERMINAR EN LA REPÚBLICA ORIENTAL EL GRADO DE FUERZA CONTRA LA QUE DEBE COMBATIRSE.

¿Podríamos nosotros representar una entidad como el Japón, que ha luchado dando ejemplos de pericia á Inglaterra?

¿Podrían nuestros adversarios internacionales ser considerados como chinos indisciplinados y salvajes, sin la noción de la individualidad reflexiva é instruída?

La paz armada es una prevención brillante de las más grandes naciones, que responde, á la vez, á una

política internacional hábil y firme, sostenida por caracteres indomables, por espíritus ansiosos de verdad, de progreso, de ciencia política que no está al alcance de conversaciones de corrillos.

Nuestra República tiene á su alrededor tres colosos — Chile, la Argentina, los Estados del Brasil— cuya política decidirá de nuestra suerte, una vez producida una conflagración de guerra entre ellos.

De nada nos valdría colocar en nuestras costas fortalezas, ó tener buques de guerra con idea de intimidar.

Será dinero tirado á la calle.

Y sobre todo, fortalezas y buques *con arreglo á los escasos recursos de que nuestra Nación puede disponer.*

He ahí esas palabras subrayadas, empleadas por el mismo teniente Miranda, que resuelven la cuestión.

El mismo autor del folleto escribe el siguiente párrafo:

« Ya que la situación económica del país no permite la formación de una marina de grandes buques que reunan todas las condiciones ofensivas y defensivas más ventajosas, » etc.

Pues, en la situación actual de la América del Sur, la nación que no tiene cómo costearse los grandes elementos de destrucción, que se defienda con su conducta, con su industria, con su población, con su probidad, y que se limite á organizar un ejército serio para mantener la paz interna.

Este pedazo, en su origen de nación argentina, no se salvará de ser conquistado ó ultrajado, por más buques ó fortalezas que adquiera con los elementos con que cuenta, si su marcha no se adapta á otro sistema de política.

Es necesario reaccionar contra el personalismo de n pequeño círculo.

Es necesario fomentar la consideración por los hombres rectos.

Es necesario sacrificar el deleite del mando, las puerilidades de hombres viejos que gozan exhibiéndose de ministros ó de generales.

Es necesario entrar de lleno á resolver problemas serios que interesan al país, dejando de lado las iniciativas de pura *pose*, los documentos para engatusar, las argumentaciones sofísticas que tapan *el cielo con un harnero*, costando este *harnero* un precio fabuloso, como es natural: — desprestigio de nuestro país, privación de la implantación de lo útil, desconfianzas inspiradas por los Poderes públicos, entorpecimiento de la rueda de la industria, medidas violentas para vivir, enriquecimiento desproporcionado de unas ramas y miseria absoluta en otras.

Es necesario producir los halagos de la vida en las gentes superiores, como consecuencia de la estabilidad de ideas de gobierno radicales y honradas.

Las sesiones secretas actuales están vinculadas á esos propósitos de paz armada que agitan al señor Idiarte Borda, sin advertir que su Presidencia está amenazada de muerte con ellos.

Todo esto está vinculado á las elecciones, y es lástima que el señor Presidente no lo entienda.

Quieren privar á S. E. de la movilidad que va á necesitar, obligándola á firmar contratos que requerirán compromisos violentos.

Esto, á la vez de la tristeza de nuestro comercio y de las industrias, que ya se nota en todas partes como resplandores de la paz armada, y emitiendo sombras intermitentes contra la figura de S. E., expuesta á que tenga que contemplar su entierro en vida como Don Juan:

— ¿ Y ese entierro ?
— Es el tuyo.
— ¡ Muerto yo !
— El " astuto " te mató
En la puerta de tu casa.

*
* *

He leído con placer y aplaudo las referencias históricas sobre la marina de guerra y el estudio de los progresos de la navegación armada, que ha hecho el teniente Miranda; pero sin quererlo, el ilustrado y patriota teniente ha venido á concurrir á esa malhadada idea de nuestro Presidente, de establecer la PAZ ARMADA EN EL URUGUAY.

La defensa marítima y fluvial de nuestras costas son los *médanos* del Sudeste.

Es transformar esa enorme cantidad de leguas de arena en terrenos de pan llevar.

Es colonizar esa tierra por medio de militares, cuya reforma está clamando al cielo en beneficio de ellos mismos.

Es obligar á empinarse á los capitales retraídos, para que observen la dirección útil de la administración pública y se animen á salir de su escondite, en el que, á guisa de carpinchos, no se alejan de la orilla sino para operaciones clandestinas.

Felicitamos al teniente Miranda por la exposición de sus ideas, por sus pinturas preciosas, que, sin quererlo, son un *trompe-l'œil* de gran efecto.

Sólo que *Tax* no acepta la *Defensa armada de las costas.*

Humorada sobre arte.

No es arte esta humorada, sino la materia que constituye su tema.

Lo banal sirve muy frecuentemente al hombre de *esprit* para interesar á sus amigos lectores, porque es difícil dar forma á lo insustancial y presentarlo con los atractivos del gusto artístico.

Es, sin duda, la más difícil literatura la que da vida á lo frívolo é inerte, como las obras del paisano Juncal, del pueblo de Minas, que con piolines de dos vintenes el mazo, comprados en un almacén *campuzo*, hacía preciosos morrales con flecos y figuras de jabalí, ó pavas de monte, dignas de la Maison Javey, rue St. Denis, en París.

En cambio, cuando el tema es todo arte por su propio mérito y forma, la literatura es tan fácil como calcar un pimpollo de rosa al óleo en tela transparente, á través de un vidrio incoloro.

En este caso el tema es el todo: la literatura es insignificante.

Escribiendo sobre Tina di Lorenzo, todos los cronistas figuran como brillantes literatos, todos reciben ovaciones dignas de críticos inmortales, como los

apuestos embajadores en *Gioconda*, iluminados por el foco violeta en la *Danza delle ore.*

No creo que pueda llegar la modestia de los que escriben hasta renunciar á colocarse bajo la acción luminosa de la señorita Tina di Lorenzo.

Como *Tax* tiene que aceptar por fuerza su vocación literaria, y ha sido ministro en Roma, se considera muy feliz, después de su exoneración, figurando entre los diplomáticos de *Gioconda*, bajo la luz eléctrica; y concurre con esta humorada en *redingote* á los honores iniciados por Blixén en honor de la notable artista.

La crítica vapulea con tacto y hace como el halcón que crispa sus patas é hinca como ensayo sus uñas en la rama donde se posa, al notar el rastro, en el movimiento suave del pasto, de una perdiz, cuando no canta para desorientar de su nido.

Así es de suponerse que le pasó á Scribe mientras los halcones descubrieron que estaba preparando *Bataille de dames ou Duel d'amour.*

La crítica ha sido tan severa contra Scribe, que descubre la premeditada intención de herir gravemente su fama de autor.

Los personajes, dice la crítica de *Bataille de dames*, son como muñecos movidos por un resorte que al fin se gasta y todo queda en la inercia.

Los incidentes del drama son como *boîtes à surprise* de entretenimientos infantiles.

Los autores, afortunadamente, tienen, como todos los desgraciados, la *mesure des vents*, y cuando la crítica los deshace, aparece el actor que ha de levantar sus creaciones, dar movimiento y resistencia á los resortes, como si fuera la vida misma, y descubrir en la interpretación las *nuances* artísticas más delicadas.

En parte, Scribe ha tenido su salvador, su salvadora, propiamente, contra el inflexible *knout* de la crítica.

No puede decirse que el prefecto de Luis XVIII fué interpretado magistralmente, porque en esta tierra uruguaya, el tipo del *égoiste futé,* no puede ponerse bien en escena existiendo en la realidad ejemplares de un mérito insuperable á todo ingenio dramático.

Su salvadora fué la condesa d'Autreval; la aristocrática vandeana, á cargo de Tina di Lorenzo, la reposada actriz de 23 años, identificándose con los refinamientos de una vida brillante de mundo aristocrático, haciendo revivir con delicadezas y emociones de una inspiración extraña aquella vida galante de 1817, en que la acción de la mujer de ingenio, elegante y correcta, lograba variar el color de la política como un reactivo de sales en una hermosa redoma de colores químicos.

¡Condesa d'Autreval!.... ¡qué trajes hermosos, tan bien aplicados al efecto de la distinguida vandeana!....

Debió llamar la atención del escaso público, la figura de vuestra estatua sin corsé, según la moda del Imperio.

Sarah Bernhardt, con trajes idénticos, semejaba una pantera parada en dos patas.

Tina di Lorenzo parecía una *guazuvirá nuevita.*

En el mundo actual no existen sino tres almas escogidas del arte dramático, á cuyo paso el mundo intelectual literario y artístico se ha empinado para observarlas, como dijo alguien de la Francia: *no cambia de postura, sin que la humanidad entera se empine para observarla.*

Sarah Bernhardt, la Duse, y Tina di Lorenzo.

Las dos primeras, enfermas, nerviosas, neurasténi-

cas, ojerosas y estrujadas por sus pasiones y extravagancias, convirtiendo á Monsieur Sardou en un autor con pila eléctrica en el tintero de su bufete.

Tina di Lorenzo, sana, equilibrada, honesta, con los atractivos de una de nuestras señoritas educadas, buenas, espirituales, elegantes y religiosas.

Cuando Tina nos ha presentado á Sardou ó á Meilhac, se ha tenido que exclamar: «Distinguidos señores, por fin se les conoce á ustedes en *South America* — como dicen los ingleses de Montevideo cuando contratan ferrocarriles con los *Zulús* de la Administración pública....

Sabíamos que *Frou-Frou* es una mujercita de educación viciosa, que tiene preocupación de vida ligera, inspirada por los descuidos de un viejo verde que es el padre, aficionado á bailarinas sin disimularlo; sabíamos que las contrariedades impuestas por las conveniencias del marido y del hogar, y deslumbrada por los placeres de París, para ella indispensable, por más que París no necesitase de ella.... según la conservadora frase de su èsposo, — la llevaron — con esa superficialidad de las mujeres que carecen del fondo moral que se hereda ó se fortifica con el rigor del ejemplo y de prácticas severas de pudor y de soberbia, — á aceptar un amante, el señor Valreas, que, desempeñado por un distinguido artista, no consiguió inspirar al público la idea de haber materialmente traicionado al marido.

Non aveva l'aria di riuscire dinanzi la Tina.

Sabíamos todos, todo lo que se acaba de decir; pero no sabíamos que *Frou-Frou* pudiera exhibirse sin estrujar guantes, sin morder abanicos, sin sentarse, aunque fugaz, en una silla, como nuestras campesinas tomando mate con la pierna cruzada ó con el respaldar hacia adelante, y sin reconcentrar en su ser todas las

agitaciones, todos los chisporroteos de las inquietudes febriles, todos los estremecimientos de la voluptuosidad insaciable.

La Tina di Lorenzo ha presentado á Meilhac en *Frou-Frou*, y á Sardou en *Andreina*—dos piezas de tendencias opuestas, en una triunfando el hombre, y en la otra la mujer—como autores muy reposados, cuyos personajes, perfectamente característicos, no tienen manías ni desazones de malestar físico, ni degeneraciones psicológicas.

La Tina di Lorenzo no puede interpretar el dolor!

Ésta es una frase que ha hecho camino, formulada por los halcones de la crítica preconcebida.

Tiene su explicación, sin embargo; su edad, su continencia, su alegría, su actual felicidad, la consideración social de que ha gozado en toda Italia, y aquella de que es acreedora en cualquiera ciudad culta donde exhiba su cabecita, sus hombros, sus *mandarinas de Nitouche*, sus pantorrillas de Paulina Borghese.... explican que se pueda decir que *no expresa el dolor*.

El público nuestro, como el de otros muchos países, necesita que el dolor aparezca con manifestaciones exageradas, y no cree que existe dolor y no lo siente, si el sentimiento se presenta dentro de los límites de una realidad circunspecta.

Ya se sabe que el teatro se ha hecho para exagerarlo todo,—decía un crítico improvisado.

Los que han visto disimular el más profundo dolor para inspirar resignación á otros débiles, á quienes era necesario amortiguar su sufrimiento, podrán interpretar el mérito de un dolor profundísimo que no puede tener en la realidad, sino cuando el autor así lo haya pensado, las agitadas manifestaciones de una neurastenia.

En todas las escenas conmovedoras ha podido encontrarse correctísima á la Tina di Lorenzo.

En este país donde, como en otros, es tan usual poner en práctica el refrán egoísta: *el que no llora no mama*, se necesita contemplar la representación del dolor en grado tan intenso y de un modo tan superlativamente exagerado, que el dolor real y circunspecto no les emociona.

Tax se quedaría siempre con el dolor de Tina, si le fuera dado decidir.... creyendo, no obstante, que en otras piezas de Sardou, como en la *Tosca* ó *Teodora*, sus pocos años y su falta de escuela en la vida real de las pasiones, la harían deficiente comparada con la Duse ó Sarah Bernhardt.

¿Y esto qué importa?

Si el conocimiento de la vida puede concurrir á aumentar el talento de Tina di Lorenzo, que sea por el camino cabal, que sea con la protección del cielo y con el amparo de la ley, ante las multitudes de mujeres vestidas de blanco, amigas y admiradoras sonrientes ante el altar de los azahares.

No se necesita pecar para hacer una famosa *Traviata*, como tampoco se necesita haber agonizado para imitar la palidez y los estertores de la muerte.

La señorita di Lorenzo debe seguir su bandera: *Arte y honra!*

El brillante negro.

El brillante negro.

CRÓNICA MUSICAL

El arte ha sido justamente protegido por las sociedades, y las subvenciones oficiales á las empresas de ópera marcan un progreso de administración pública, que en el Uruguay no puede hacerse ostensible ante la formidable resistencia de nuestros legisladores á incluir en el presupuesto una partida para Bellas Artes.

Es evidente que el P. E. está muy arriba de los otros Poderes en cuanto á sentimientos artísticos, y hace bien en proceder fuera de la ridícula órbita constitucional del año 30, concediendo favores pecuniarios para mantener en el pueblo los estímulos civilizadores de la música.

El Cuerpo Legislativo, iluminando siempre el *transparente* de los principios económicos pasados de moda, no podría votar fondos para distracciones aristocráticas, exigiéndolos con apremio el cuadro de lobreguez ofrecido por las viudas rugosas y sin dientes postizos

ni naturales, y las menores casi todas rollizas, marmóreas, voluptuosas y pobremente vestidas, de quienes el Estado espera la reproducción de los viejos servidores, tomadores de mate, modestos, honrados y jinetes.

Mientras el Cuerpo Legislativo subvenciona públicamente el *arte de alimentarse*, el P. E. no puede perjudicar subvencionando secretamente el arte de Oxilia.

El secreto, sin embargo, ha sido denunciado por la profusión de palcos y sillones repartidos oficialmente, como una atención privada de S. E. el Ministro de Fomento, á cuya cartera corresponde, por analogía de la ley, el ramo de *Música del Ejecutivo*.

Critícase con razón que la distribución de localidades se concrete á personas consideradas muy gratas al oficialismo, y se excluyan otras personas de buen gusto artístico reconocido y de criterio serio sobre cantatrices y óperas.

Cito una persona de reconocido talento musical, un admirable diestro, casi con la ejecución de Arturo Napoleón, con muchas inspiraciones del *dandismo* de Brummel y representante genuino de la cultura de los salones Montevideanos: el doctor don Pedro Sáenz de Zumarán.

En primera línea él y otros de su círculo debieron ser obsequiados por el Excmo. señor Ministro de Fomento con localidades elegidas.

¿La subvención no se paga con fondos de la Nación?

Pues igual derecho tienen los particulares acreditados, que los funcionarios distinguidos.

Está en tiempo el señor Ministro de proceder con equidad caballeresca.

Observa *Tax* que el Politeama con subvención

ofrece noches inolvidables, y cree que sin subvención ofrecería el mismo brillo.

Las familias que ocupan las localidades oficiales son las que disponen de más recursos; luego, si las menos ricas concurren á completar un lleno, las que son necesariamente poderosas concurrirían con más razón, aunque tuvieran que pagar sus entradas.

Una ventaja se ha conseguido con el sistema actual de distribución: las señoras é hijas de los favorecidos pueden emplear en mejorar su *toilette*, lo que gastarían en palcos, por la lógica de nuestra mujer inteligente, que no ahorra sobre beneficios caídos del cielo, innecesarios y no solicitados.

Espera todo el núcleo de gente conocida, vinculada por la larga práctica de vida sociable, que las familias de S. E. y de los señores Ministros luzcan *toilettes* esmeradísimas en la noche del 25 de Agosto en Solís.

Los anuncios de función de gala en el Politeama, no pueden privar á Solís de la concurrencia distinguida de Montevideo, porque aunque no fuera considerado Solís hoy como nuestro teatro clásico, lo que demostraría una tendencia á *enguisotarse*, no sería benevolente ni justo, siendo el 25 de Agosto aniversario de su inauguración, desatender á su llamado ruidoso con los pistones y timbales de Mascheroni.

Tax exhorta á todo ese agradable elemento de virtud, belleza, bondad y elegancia que circunda á los tiesos personajes en auge de nuestro Gobierno, á que concurran á Solís la noche del 25 de Agosto.

Las agradables vecinas de *Tax*, de balcones de cristal, deben iniciar la propaganda, lanzando una proclama en esta forma: «Si el sexo feo cree que el 25 de Agosto debe concurrir al Politeama, el bello sexo cree lo contrario, y en consecuencia procede.»

Sería una magnífica y prestigiosa insurrección contra la Secretaría de la Presidencia, que ha autorizado á la Empresa á declarar un absurdo: *que la función de gala tiene lugar en el Politeama.*

En los dos teatros habrá gala—la gala del *poder* en el Politeama, si se persiste en el error; y la gala del *dandismo* en Solís con sus más brillantes elementos.

Natural sería que concurriese el elemento oficial á Solís, confundiéndose todos en una sola presentación, en un solo homenaje á nuestro viejo Solís, construído muy científicamente, pero prematuro en el año de su estreno para la sociedad de Montevideo, que dudaba de la arquitectura y no hubiera concurrido á su inauguración sin someterlo previamente á la prueba violenta de hacer marchar los batallones de la guarnición por sus escaleras y galerías.

¿Y el brillante negro?

Ciacchi dijo que su compañía iba á parecer un collar de piedras preciosas.

Tuvo razón: De Lucía es el brillante y los demás artistas, incluso Wanrell, son aguas marinas.

Las facultades de De Lucía no son sobresalientes: he ahí por qué De Lucía es un artista de inmenso mérito.

Es un acontecimiento ruidoso oir á De Lucía en Montevideo.

De Lucía, con todos los teatros del mundo anhelantes de contenerlo, está á 2000 leguas de ellos, de aquellos teatros en que el sentimiento halagado del auditorio hace estrépito en la suprema crítica, en los anales de la fama, en la brillantez de esa vida inquieta, de placer, de corrección y de disimulada voluptuosidad, donde se adivina la *fosforescente forma* que se defiende primero, para rendirse finalmente al *bel canto.*

Todos los halagos de su posición europea, dejó De Lucía para venir al Politeama.

De Lucía es hoy uno de los mejores tenores del mundo, estando limitados esos pájaros trinadores á una media docena de sobresalientes.

De Lucía ha formado su potencia artística con estudio, con esfuerzo; y ha conseguido figurar á la par de Massini, Aramburo, Stagno, Gayarre, Demarchi, Tamagno, Oxilia.

Cuando la naturaleza concede al instinto un brillo extraordinario, el esfuerzo es insignificante.

En este caso se encontraba Aramburo y el mismo Gayarre.

Sus condiciones orgánicas producían sonidos y armonías tan espontáneos y poderosos, que sus esfuerzos voluntarios debieron ser muy escasos para acreditarse tenores de primera clase.

De Lucía ha debido luchar inmensamente contra su propia escasez de facultades vocales.

Las facultades vocales las ha formado con constancia y talento; las tiene á su disposición, como lo ha probado en *Gioconda*, dando hasta el *do*, haciendo vibrar el escudo de la Municipalidad colocado entre *las nubes del plafond.*

Las tiene como una condecoración que no se usa todos los días.

Aramburo, Gayarre, Tamagno no disponían de ellas como propiedad anexa, sino que eran como signos imborrables en su propia naturaleza.

Abrían la boca y surgían las notas como un juego de aguas en la fuente.

De Lucía los iguala ó se aproxima á igualarlos, cuando delibera y se prepara.

Estas diferencias son sutiles; el canto con el poder del instinto ó con el poder del ingenio, conmueve

igualmente. No podría decirse que De Lucía es un Château Iquem artificial y que Gayarre era un Iquem legítimo.

La comparación sería inaceptable, porque el oído y la impresión cerebral no exigen sino el deleite; mientras que el estómago concede al paladar sus impresiones agradables, á condición de que las sustancias que recibe no hagan daño.

Las delicadezas de De Lucía se explican admiradas por los londonenses, sobre todo en *Rigoletto*, porque parecen blondas de Inglaterra.

Á los que forman hoy como primera juventud, De Lucía labrará en sus espíritus la fórmula de arte que les servirá después para fortificar su criterio.

Á los que somos jóvenes sólo por nuestra persistencia y nuestro carácter, y nos miramos ya viejos ante los brillos de la savia en el primer hervor, De Lucía nos hace recorrer en panorama las impresiones de aquellos tiempos en que el *Sol del anima è vita e amore*, fortalecía amorosos anhelos y románticos estímulos con las cazueleras de la ciudad vieja.

Es indudablemente un brillante negro De Lucía.

Y le envidian su buena fortuna de cantar con un grupo de primas donas sobresalientes.

La señora Borlinetto-Conti, que, si desafina *qualche volte*, es porque su distinguido esposo demasiado trabajo tiene en afinar la orquesta (cosa que todavía no ha conseguido del todo).

La señorita Frate, cuyo talento es innegable, fué una Gilda correcta, interesante. Las primeras notas impresionaron mal, pero se rehizo en seguida con éxito.

Y sobre todo la señorita Petri, respecto de la cual nada nuevo podría decirse, siendo de nuestra antigua relación artística.

Como su apellido ya indica que es un conjunto de piedras, y su distinción y su arte que son preciosas, no está en el caso de compararsela con topacios ni lapislázulis ni brillantes, porque entonces resultaría una comparación de piedras, con piedras y sería contrario á la buena retórica.

Es mejor la Petri en su palco, con su *toilette* de seda negro, á fondo violeta, sobre el seno á rayas negras verticales, partiendo del blanquísimo cuello, que como mujer en traje de Gioconda.

Es notable su cabecita rubia con su nariz de pico de *moineau* que juguetea en la rama.

En la escena se tiñe demasiado los labios de carmín, con la intención, probablemente, de que al introducirle el público la visual de los anteojos en su boca, luzcan más los dientes y las muelas, tan íntegros y tan blancos, que inspiran la idea de que no los tiene para masticar, sino como un *reclame*.... de Guerra ó de Hill.

En cuanto al canto de la Petri, basta decir que la opinión de Rosa Carril es absolutamente favorable á su mérito y á su escuela dramática.

Tax, que no es envidioso, felicita al *brillante negro*, su antiguo amigo, por todo lo que causa envidia á otros: por su voz, por su interpretación dramática musical, por sus delicadezas del *bel canto*, por las interesantes compañeras de arte, y por la acogida universal de su talento.

Presidencias.

Presidencias.

I

¿Nuestras sociedades marchan en progreso ó retroceden?

¿Las víctimas ilustres de nuestras guerras civiles, ó los buenos que prematuramente desaparecieron, elegidos por la muerte, han dejado semillas de honor, de probidad ó de patriotismo que fructificarán más tarde, para honra y provecho de la República?

Aquellos compañeros de causa de Julio Herrera y Obes, que desaparecieron en Guayabos: Carlos Gurméndez, Lacies, Andrés Folle, Miller; el intrépido y leal Lallemand, en la acción de Palomas, que, cual nuevo Nevers, había quebrado su espada antes de ponerla al servicio de la *Saint-Barthélemy* del 75; Romualdo Castillo, la primera víctima de sangre reclamada por la Dictadura de Latorre; Octavio Ramírez, inquieto por nobles aventuras caballerescas; Eugenio Fonda, tallado para todo lo noble... ¿esos muertos han convertido en cenizas los propósitos de la abnegación y los ideales de la democracia, y de

la asociación legítima y no artificial, como fuerza conservadora del progreso social y político?

¿Julio Herrera y Obes no tuvo ya á quién responder de sus juramentos y á quién probar su consecuencia como apóstol de la verdad y como heraldo de la buena causa?

Desaparecidos aquellos compañeros, ¿no quedan otros que pudieran exigir al redactor del antiguo *Heraldo*, procederes leales, desinterés, vinculaciones de compañerismo de causa?

¿La desaparición de importantes amigos políticos influyó, acaso, para que Julio Herrera, durante largas horas de ostracismo, de alejamiento impuesto de la vida pública, de pobreza llevada con el estoicismo de los veteranos del Sitio Grande, cambiara de táctica política?

II

Los primeros trabajos prácticos de Herrera para realizar sus ideales, que fueron siempre alcanzar la Presidencia de la República, tuvieron lugar en acuerdo con Barreto—más tarde la *Eminencia gris*, según la crítica profunda y amena del doctor don Ángel Floro Costa — en el año de 1881.

La intención de Herrera era preparar á los elementos de fuerza que dominaban su país, en el sentido de que su candidatura fuese necesaria.

Propaganda de rectitud, abnegación en la medida de lo posible en la naturaleza humana, virtualmente inconsecuente, no produjeron efecto en esta sociedad uruguaya, probablemente porque las grandes virtudes no dan nombre ni fama, sino á condición de que

quien las ostente olvide todo propósito oculto de personalismo.

Julio Herrera se encontró fatigado de luchas internas y vencido por la clase del pueblo irritable y vengativa que había representado Isaac de Tezanos, en quien se veía encarnada la modestia de la democracia y el mérito real, contra la aparatosa soberbia de la clase superior de los intelectuales oligárquicos, cuya última y más decidida campaña les valió la *Barca Puig*, por caprichoso decreto de quien, teniendo una cuna obscura, había sido erigido antes en potencia militar por ellos mismos.

Es conocida la renuncia que del cargo de Ministro de Relaciones Exteriores, presentó Julio Herrera en la época de Gomensoro; porque éste, estudiando al personaje don Lorenzo Latorre, comprendió su peligro y lo destituyó del mando de un batallón.

Las ideas y combinaciones políticas no estaban mal concebidas por Herrera; pero veinticinco años atrás, no disponía de la serenidad adquirida, ni de la facultad de disimular que ahora le es peculiar, y que sólo se consigue por la acción de largos años, en que el hombre de lucha va acostumbrándose á detestar en reserva, concluyendo por concretarse á obtener un fin, sin importársele los procederes, y sin asociar á su intento sino á aquellos que son resortes ó esclavos.

Latorre fué la primera arma de Julio Herrera. Con él, el ilustre descendiente de los Obes creyó realizar el plan de dominar al país; pero Latorre, *arma de dos filos*, con pasiones violentas, no podía congeniar con las prácticas elegantes de nuestra aristocracia en los hombres políticos cultos, y cuando Herrera, en pleno Parlamento, increpaba á Tezanos sus desgracias, llamándole *fraile de conventillo*, La-

torre se sintió herido en su modesta industria de vendedor de cigarros, de sus primeros tiempos, aunque con propósito honrado de buscarse la vida, y fecundó con esa frase de la sangre azul su seno salvaje, para alumbrar, en breve gestación política, el motín de 1875.

Bajo los artificiosos blasones de los principios, á Julio Herrera le fué imposible dirigir al país. En vez de mando, recibió peligros, destierro, miseria.

Ningún hombre público es estadista útil si se propone ante todo obtener el mando supremo, en cualquier forma que sea.

Si el mando no se obtiene indirectamente, por la acción refleja de méritos y de abnegaciones, el mando es fuerza que destruye ó aplaza, por lo menos, el progreso y el bienestar de los pueblos.

Julio Herrera es el Presidente en quien el deleite del poder ha sido más intenso, y en quien el goce de la realización de su empresa haya producido mayor efecto visible.

Ningún ciudadano podrá olvidar las presentaciones banales en teatros y circos del Presidente Herrera, con su banda, é irguiendo su cabeza como un iluminado, que Dolce explotaba para reproducirla en infinidad de posturas, destinadas á los escaparates de tiendas y oficinas de policías electoras.

Necesito valerme de los mismos elementos á quienes he combatido: — he aquí la fórmula que dió el triunfo á Julio Herrera.

Encariñó á Barreto, la *Eminencia gris,* y se apoyó en su brazo como Dante en Virgilio para entrar en el Infierno.

El nuevo Dante leía otra inscripción distinta; en vez de *Giustizia mosse il mio alto Fattore:* — **Potere mosse il mio Fattore;** y al final, en vez

del *Lasciate ogni speranza:* —**Per me si va nella città della gioia.**

Julio Herrera, con más éxito que Tartarín, que sólo llegó en el Uruguay á Ministro de la Guerra, resolvió penetrar en el bosque oficial del mando soberbio, acompañado del *ilustre poeta gris.*

Mando soberbio... como lógica arrogancia en Máximo Santos, advertido por propio instinto y por amigos deslumbrados, que la huida de Latorre, impuesta por él, significaba tres triunfos importantes: salvar al país del terror, evitar la caída del partido colorado, y establecer el dominio de la situación en manos exclusivas del antiguo jefe del Batallón 5.° de Cazadores.

Julio Herrera, como todo hombre que está absorbido por un propósito de realización remota, era un poco timorato: no por cobardía, sino porque la exposición del bulto era contradictoria con la resolución del problema que le venía inquietando, y no osó penetrar en el bosque oficial del mando á pactar con decisión, y tranquilo, sino que formó una legión de amigos inexpertos, brutotes y resabiados, que no llenaron las formas convenientes para los negociados.

Por una parte, Julio Herrera inoculaba á Santos la necesidad de que su Administración, bien definida como colorada, tuviera el apoyo moral de todo el elemento más distinguido del partido; pero, por otra parte, Herrera se mostraba indeciso en frecuentar á Santos, inspirándole serios temores por sus violencias, sus excitaciones y la mala reputación que le hacían sus conciudadanos, por el concurso que había prestado á los misteriosos procedimientos de su compadre el dictador don Lorenzo Latorre.

Julio no podía tampoco amaestrar á su legión de amigos, y le pasaba lo que á un factor rural, que, en un momento dado, no puede dominar sus perros bra-

vos y tiene que pagar su imprudencia de presentarlos sueltos.

Julio Herrera apenas había llegado á poner el pie en la barca de Caronte, cuando una legión de demonios enviada por Santos y alborotados por la legión de perros que andaban extrañando el sitio, lo hizo volver y refugiarse en la Confitería Oriental, con unos cuantos muchachos buenos, como los Patiño, los Narizano, Manolo Caravajal, *Guy de Malivert*, los Massera, Pedro Guillot, y otros (1).

La indecisión de Herrera le hacía favor sin duda, porque respondía no sólo á las incertidumbres sobre la fiera que pretendía dominar, sino á la influencia que ejercía la batería constitucionalista á cargo de Carlos María Ramírez y otros, que le gritaban á Herrera, al verlo llegar á la boca del bosque:

« No entres, apóstata! acuérdate de tus vinculaciones con el pasado; acuérdate de tus compañeros sacrificados. Las brujas del bosque, que son como las viejas de las casas que rezongan las maldades y los vicios, van á aletear en tus oídos y te van á expatriar con sus cantos; vas á sentir la mano fría del doctor don José María Muñoz sobre tu corazón agitado, y el héroe sobreviviente de antiguas luchas, en algunas de las cuales tú fuiste abanderado, aumen-

(1) Narizano, el actual Gerente del Hotel de París, desarrolló allí su espíritu observador y ocurrente.

Julio Herrera fundó entonces la segunda época de la Academia del Chiste en la Confitería Oriental, como Richelieu la Academia Francesa, con móvil de acreditar el poder de las armas, más que el de prestigiar las letras.

Narizano dijo un día al tenor oriental Enrique Aubriot: «Te recomiendo un telón de red para cuando vuelvas á cantar *El Anillo de Hierro:* así te librarás de los papazos.»

Otra vez, al enfrentar el malogrado Enrique Juanicó, que paseaba con un perro inglés, color marrón obscuro, el mismo Narizano exclamó: «*Ahí viene chocolate con tostadas.*»

Éstos eran éxitos de la Academia del *Esprit*, presidida por Julio Herrera.

tará tus palpitaciones con las visiones del remordimiento!»

Las posiciones quedaron definidas.

Santos, convencido de que Julio Herrera y sus amigos querían absorberlo, empezó su iniciativa de gobierno con una reacción contra el 20 de Mayo.

La violenta ruptura con los elementos de Herrera, produjo la ola de *mazorca*, de oficiosa *mazorca*, por interpretación propia de buhos electorales, pero no por decisión de la autoridad en desborde. Si hubiera sido por orden de la autoridad, los atentados y las veleidades de empastelamiento hubieran tenido una importancia muy trascendental, que no tuvieron los hechos de Mayo, por más que en el mismo momento la excitación pública dió legítimamente mayor importancia á los sucesos.

Santos reaccionó en el acto y se preocupó de realizar su propósito de atraerse simpatías y partidarios, y sin cuidarse fundamentalmente de la importancia que pudiera llevarle á su administración el concurso de Julio Herrera.

Era colorado y necesitaba ser colorado; se atribuía el triunfo de la batalla del Sauce, y sentía el coraje correr por sus venas, lamentándose de que graves operaciones militares no se ofrecieran á la excitación de su intelectualidad.

Un dios de la República no hubiera prodigado las riquezas del Estado con más aplomo que Santos, y con más seguridad aparente de poder devolverlas con beneficios y provechos incalculables.

En todas las clases sociales, el rayo de luz de la antorcha presidencial que chisporroteaba en las manos de Carralón de Larrúa, penetraba allí donde los menos escrupulosos se preparaban sin reservas y donde algunos más escrupulosos, empleando hábiles disi-

mulos; lograban sus conveniencias sin perder su afectación de intransigentes opositores.

Frente á Santos, la organización de los enemigos para derrocarlo. Una propaganda ardiente incubó á Ortiz, que logró hacer descender á Santos de sus idealidades de excepcionalidad y de inmortalidad, que son propias de poderosos, haciéndole comprender que las leyes de la vida se cumplen igualmente respecto de todos, ya sean reyes, autócratas ó presidentes.

El tono violento, la nota del Gobierno de Santos, como la excitación de un epiléptico, debía postrarlo brevemente en sueño profundo.

La manía de las grandezas debía producir, ó un movimiento de opinión al que el Ejército pudiera plegarse, ó la caída por cansancio, por debilidad, por aplastamiento del agente.

El Ejército no encontraba un apoyo serio y saludable en la dirección mixta, incongruente, internacional ó endiablada de la revolución del *Quebracho*.

No era posible organizar con elementos de índole contradictoria como José Pedro y Aréchaga, Batlle y Ordóñez y Arredondo, Domínguez y Rodríguez Larreta, una revolución que asegurase la paz y el orden del progreso.

Derrocado Santos, ¡qué horrible situación no hubiera traído el triunfo directo de la revolución del Quebracho! . . . .

Julio Herrera, con su grupito en la Confitería Oriental, contaba anécdotas y se lamentaba de que los constitucionales y blancos se hubieran lanzado á la revolución cuando él ya tenía preparados, según afirmaba, todos los elementos para derrocar á Santos.

—El *Quebracho* ha venido á perturbar mis trabajos revolucionarios: todos los jefes de batallón estaban comprometidos conmigo en la insurrección.

Éste fué el *embuste histórico* de mayor importancia con que Julio Herrera inició su campaña para llegar al deleite del mando.

Se puede citar otro de menor importancia, que concurre á demostrar el mismo propósito de Herrera, de mantener siempre su prestigio personal entre los diversos grupos del partido colorado.

Cuando la huida de las regiones del poder, producida por las impaciencias de don Andrés Rivas y de su rusticidad sociable, perfectamente espontánea como sus prendas morales y su independencia de carácter, el doctor Herrera tuvo que explicar, salvando su amor propio, la ruptura de relaciones con Santos, y lo hacía en los siguientes términos:

« Fuí invitado á un banquete en casa de Barreto. Allí estaba la crema de la situación. Carlos de Castro, el más correcto y el más orador del ilustre Candombe, tomó la palabra á la hora de los brindis, y propuso un homenaje común al coronel don Máximo Santos. « Brindo, dijo, á la futura Presidencia del esclarecido coronel don Máximo Santos! »

« Entonces yo bajé mi copa, dirigí mi vista á Barreto, después á Santos, después á Castro.

« Todos tenían sus copas inmóviles: ninguno osaba llevarla á los labios; mi actitud produjo un silencio igual al que se produce al rededor de un féretro que está recién abierto para recibir la cal como último é inútil esfuerzo contra las transformaciones de la muerte.

« Yo exclamé: *No!... no!... no!...*

« Poco á poco, los convidados fueron disimuladamente abandonando la casa.

« La *Eminencia gris* me dijo al oído: *Por esta vez, perdimos la batalla!* »

Son tan ciertos los tres *no* del banquete, como que

don Pascualón dió vuelta á un tigre metiéndole la mano por la boca y tirándole de la cola.

Santos, con su energía característica, su claroviden-cia y su valor personal, no podía consentir á su lado á quien, sin respeto íntimo, pretendía maquinar un triunfo sobre la base de la disolución de su poder, por intrigas, mistificaciones y tortuosos manejos.

Era natural que Santos se expusiera á caer por sus propias deliberaciones y exageraciones, antes que exponerse á ser volteado por astucia y maquiavelismo.

Santos cayó finalmente por su propia obra — gravemente enfermo y gravemente herido. — No fueron enemigos para él, ni el Quebracho, con imposible dirección, ni Julio Herrera con sus anécdotas agradables, ni con sus embustes, que forzosamente empezaban á ser históricos desde el momento en que el esforzado sofista griego fué exaltado al poder en 1890.

Caído Santos, solicita de su antiguo amigo el general don Máximo Tajes, la entrada al país; pero éste, que un buen día le presentó un pliego en blanco para que redactara su renuncia de Ministro de la Guerra, queriendo demostrar á Santos que era su compañero leal, le contestó:

— *No conviene que entres al país. Así me lo demuestran Julio Herrera y Obes y los Ministros de mi política nacional.*

Justo es reconocer que Julio Herrera, en el Ministerio de Tajes, era la cabeza del Marqués, la que tenía peso de ley, para tejer y encaminar todo lo que favorecía sus planes íntimos, con arreglo á esta idea *Quiero mando, y no me importa saber si soy digno de él.*

III

Santos tenía el mérito positivo de que había volteado á Latorre, á quien ayudó frenéticamente con los excesos de un compañerismo criollo y de un agradecimiento ofuscador.

Aquel compañerismo y aquel agradecimiento no podían durar. El soldado modesto no era cretino, y á medida que su posición se holgaba, su criterio, llamado á discurrir frecuentemente, se vistió con todas las galas de ese favoritismo misterioso que concede la naturaleza á la intelectualidad contra los brutos y los irreformables.

La sangre ahogaba á Latorre, y una de dos: ó el partido blanco se entronizaba en su reemplazo, ó un agente más valiente que él y más inteligente que él, surgido de sus propios elementos colorados, lo derrocaría.

Siempre será prueba de nuestro descenso moral político, la presentación de estas evoluciones de militarismo absorbiendo ó arrasando el teatro de las manifestaciones del progreso político, donde particulares y militares, cada uno en su legítima influencia y dentro de asociaciones cultas y patrióticas, debieran concurrir al bien general.

En el Uruguay, la falsa ciencia, la falsa probidad, y el poco respeto á los hombres, despreciados cuando no se les necesita y adulados cuando disponen de facultades ó de fuerzas, es la causa de que la *viveza* sea el motor de los éxitos políticos, y no la lucha de ideas y principios estables y *científicos*.

El general Santos, que era indudablemente *un hom-*

bre vivo, carecía finalmente de la viveza necesaria para estudiar los desastres á que lleva la soberbia y el desprecio por las distintas tendencias de las agrupaciones que se gobiernan.

Supo morir con una entereza radical, más extraña aún en la desesperación que la prohibición de entrar á su tierra le trajo á su vida.

El general Santos no perdió la estimación de los militares y hombres superiores de la República Argentina.

El general Leiría, que era jefe de un regimiento de caballería, le avisó que deseaba pasar en silencio con sus soldados, un día de parada delante del Congreso, temiendo que el toque de los clarines mortificase al general Santos.

El general Santos le contestó—esforzándose por dominar su fatiga, frecuente en sus dos últimos días—que los clarines le alargarían la vida; que ese sonido de aquellas horas en que los afanes de la vida se mezclan con las aventuras y la gloria, tenía que hacer mucho bien al corazón de un militar enfermo.

Al día siguiente, cuando el regimiento se anunciaba de lejos, el general Santos se hizo incorporar con su lecho ante una de las ventanas que daban á la calle, y su figura nerviosa, á través de los vidrios, con sus ojos relucientes, su frente sudorosa, pareció reanimarse al contemplar la marcha y los acordes de aquella estructura de la fuerza, mientras los soldados dirigían una mirada de curiosidad á aquel coloso moribundo de rápida historia.

Á los dos días, un estertor y un aplastamiento parecían anunciar la muerte de Santos.

Su esposa, sus hijos y sus amigos cambiaron repentinamente esa actitud de disimulo y de quietud ante las vaguedades de la mirada del agonizante, y

prorrumpieron en un grito, dejando escapar llanto y tristeza autera que rompe el silencio y se desahoga sobre la última mueca del organismo inmóvil.

—¡Todavía no!—dijo Santos, impresionado por los alaridos de la vida; y dando vuelta la cabeza para el otro lado de la almohada, no volvió á moverse más...

Entonces recién había quedado muerto.

IV

Si Barreto hubiera fallecido la noche en que fué desahuciado con gran sentimiento de sus buenos amigos, el general don Máximo Tajes no hubiera soportado al doctor don Julio Herrera y Obes de Ministro, ni éste hubiera podido emplear todas las astucias del hombre de corte para trepar á la Presidencia.

La milagrosa salvación de Barreto, contra la opinión de los médicos, decidió la buena fortuna de Julio Herrera.

Tajes hizo toda clase de combinación artificiosa para herir la dignidad de Herrera, sin aparecer contrariando las ideas de Barreto, que efectivamente tenía ascendiente sobre el general Tajes.

La historia de los acuerdos de gobierno durante los primeros tiempos de Tajes, es una página de honda demostración de que la ambición de mando cierra todo escrúpulo de delicadeza personal.

Hombre de corte fué Julio Herrera en las peores condiciones.

Nombrado Ministro de Gobierno por la acción de Barreto, Echevarría y otros del círculo tajista colorado, á quienes halagaba el programa exclusivista de

la bandera roja al tope, **que aquéllos creyeron sincero,** su presencia en el Ministerio contrariaba fundamentalmente al general Tajes, que, como medio de no crearse oposiciones que serían desastrosas, buscaba la conexión más amistosa con los elementos de la oposición, haciéndoles entrever la probabilidad de una reacción en favor de ellos.

Tajes no podía defenderse de Julio Herrera de una manera directa; pero hacía toda clase de agravios y desaires á su Ministro, que eran contestados con la sonrisa de un tierno amigo interesado en no abandonarlo en un peligro, que Tajes, según Herrera, no quería comprender.

Las sumisiones de Julio Herrera al general Tajes llegaron al extremo de que, entrando el Ministro al despacho presidencial, el general Tajes continuaba impertérrito, con el ceño fruncido y sin saludarlo.

Las conferencias con los demás Ministros versaban sobre la conducta imperturbable de aquel hombre convertido en un conejo sutil, después de haber presumido de arrogante caballero andante en los tiempos del maestro de armas — el viejo Vila — que fingía recibir los botonazos del florete de Julio Herrera, porque convenía darle á éste fama de espadachín.

¡Cómo fueron todos ineptos!...

Mendilaharzu hizo cuestión ministerial por una mala interpretación de una orden á un portero; lo que aprovechó Julio para decir un chiste á Tajes, que lo hizo reir con el modo parsimonioso que le es peculiar.

— Su Ministro de R. E. es un muñeco de Edison con poca cuerda.

La caída de Mendilaharzu fué reconstituyendo á Herrera, que hizo capital del incidente para hacer desconfiar á Tajes de los otros personajes, más vanidosos que sabios.

Duvimioso Terra había llevado al último extremo, sin embargo, el grado de desaire que puede determinar á un hombre á separarse de un Ministerio.

Hizo pública la desautorización del Presidente Tajes contra su Ministro de Gobierno Herrera, en virtud de una nota pasada á la Policía, y que ésta no quiso cumplir, sobre la libertad del sacerdote Stella, que estaba bajo la jurisdicción del Tribunal pleno, con motivo de un desacato á la autoridad civil, siempre por la eterna cuestión de la Iglesia y la inscripción de actas. La posición, pues, del Ministro de Gobierno ante Tajes, trae á la memoria el episodio más célebre de los elefantes en el Jardín Zoológico de Londres.

Una elefante, contrariando las honestas costumbres de los paquidermos, que se internan en lo más profundo del bosque para alumbrar — razón por la cual se ignoraba hasta entonces, si los elefantes mamaban con la trompa ó con los labios, — dió á luz en cautiverio un *bebe* elefante. Este hecho produjo una excitación descomunal entre los paquidermos.

La elefante tomó al *bebe* en su trompa y lo arrojó indignada á doce metros de distancia; y este episodio se repitió diversas veces.

Cada vez que el *bebe* caía, se incorporaba, buscaba la dirección de la madre y le amenazaba con la trompa levantada, de prenderse á sus senos.

Finalmente, los elefantes se calmaron, el *bebe* elefante pudo realizar su instinto y... como Julio Herrera, alimentar su candidatura á crecer, con la protección y nutrición que Tajes se negaba á prestarle.

El *cicerone* que realizó la armonía de Herrera con Tajes fué el famoso Emilio Reus, el práctico utopista, digno asociado del Ministro de Gobierno del general Tajes, el aristócrata sofista que podía demostrar que

los hormigueros eran densas poblaciones de humana gente, y los nimbus y cirrus, palacios encantados con príncipes benévolos á la suerte de nuestra patria.

Cuando toda la fantasmagoría de lo brillante instable desapareció, el general Tajes no podía ya hacer desaires á Herrera, porque intercalado en negociaciones complicadas en que su responsabilidad era primordial, el astuto, *el domador de la fiera tímida,* le amenazaba con las tortuosas probabilidades de un juicio político, del que solamente Herrera inspiraba el poder de salvarlo.

Cuando se desciende á hombre de corte destrozando los sanos ideales, aquél no perdona los agravios cuando se eleva: se venga.

Así es que Tajes no pudo mostrar más ineptitud que la que reveló ultrajando, para asociar después á su víctima en las tareas fundamentales de su gobierno.

La candidatura de Tajes fué echada al bombo, en cambio de sus fugaces fruncimientos de ceño y de los desaires presidenciales.

Julio Herrera, que se entregó al dominio, pasando por todos los disimulos del desprecio presidencial, no pudo hacer después de su período sino lo mismo que él había realizado en su persona.

Hizo una conmixtión híbrida de blancos, colorados y constitucionalistas, y mató toda organización razonada del partido colorado.

Formó el partido de los necesitados, postró todas las fuerzas sociales y políticas, y se declaró *Sol refulgente* de todos los que se aproximaban á su firmamento. Dió luz á Remigio Ayala con la misma bondad que á don Carlos Casaravilla; y á don Fernando Torres en pareja con el coronel Toledo, iluminó con distinta presión, concediéndole al segundo inten-

sidades de luz eléctrica, y al primero tintas opacas, como convenía á uno de los héroes del sitio, dignos de conminar al cinismo desde su tranquilo reposo.

V

¿Tenía razón Julio Herrera para no darse por aludido ante las actitudes del general Tajes?

¿Qué es lo que puede justificar que un hombre no se irrite ante la ofensa de otro, y que se preste á servirle como en aplicación de un tratamiento higiénico que hace disculpar al higienista las exageraciones y blasfemias del paciente?

Julio Herrera tenía dos motivos poderosos: el primero era que el general Tajes no había tenido la franqueza de desautorizar la falsa creencia de que el Bayardo oriental Francisco Tajes fuese su pariente. Y que por lo contrario, Tajes estimulaba la creencia de que su apellido era el histórico de Quinteros, atrayéndose como producto de su mismo árbol al general Salvador Tajes, en quien están reveladas ciertas condiciones caballerescas de su ilustre padre.

La más culta sociedad política ha aceptado esa inexactitud, que el general Tajes ha paladeado mediante el ardid de halagar los deseos y los esfuerzos de sus adversarios conjeturales, los constitucionalistas y los blancos.

Todo eso trae sus efectos.

Julio Herrera, para sacudirse impertérrito las ofensas y desaires, decía: «Esta personalidad es artificial, porque necesita de la gloria ajena para deslumbrar y desarrollarse. Desprecio, pues, en secreto sus injurias, y ya las cambiaré en amables solicitudes.»

El segundo motivo que impulsaba á Julio Herrera era vengar el fracaso del sistema de Carlos Soto, su amigo y pariente por afinidad, como elegante y brillante esposo de Pepa Reyes, la más hermosa uruguaya, digna hermana de Elvira, la prometida en larga jornada del actual senador por Soriano.

No porque Herrera quisiera hacer recaer en Tajes responsabilidades directas en la desaparición de Carlos Soto: — ese hecho tendrá una explicación no conocida hasta ahora, como resultado de luchas secretas de clases sociales. — sino porque la muerte de Carlos Soto fué un golpe formidable al *dandismo* con todos los refinamientos de placer que encierra la elegancia, el confort, la vida galante, arte, teatros, orgías, profundo desprecio por todo el mundo.

Lo que no pudo realizar Soto comprometiendo en secreto cónclave á los jefes de batallón, por la reacción de éstos, que fué instintiva contra la ambición del *dandi* siniestro, lo consiguió Julio Herrera con todos los refinamientos de la astucia, de la sagacidad, de la seducción.

Emilio Reus, nacido en Madrid, trajo al mundo su destino: servir de intermediario á Julio Herrera para establecer *su dandismo* en el dominio del Uruguay, y después.... morir solo, sin amigos, y pobre.

Y el triunfo se realiza sobre uno de los coaligados arrepentidos que *taparon la boca* á Carlos Soto, para que no denunciara á Latorre que el pacto siniestro contra el Dictador estaba firmado.

Carlos Soto preparó la caída de Latorre halagando en secreto las ambiciones de los jefes que rodeaban al Dictador; pero, próximo Sóto á su triunfo, no disimuló los relámpagos de sus ojos, que anunciaban tormentas políticas de raro carácter.

Los jefes criollos se preguntaron: « ¿qué será el *dandismo* en el poder? »

Y en conciliábulo astuto se respondieron:

« Es el desprecio, es el ultraje á nosotros, haciéndonos servir de instrumentos para realizar planes de caprichos y placeres aristocráticos.

« Es realizar el gobierno de lo inesperado, para debilitar las fuerzas del país y quebrar toda personalidad ó asociación inspirada en altos deseos de bien público.

« Es el gobierno del orgullo, ávido de riquezas conseguidas de las arcas del tesoro público disimuladamente y con verdadero tino de supremo sofista. »

Carlos Soto, de costumbres europeas, había soñado con Lord Byron ó Brummel, durante su residencia en Londres.

Sabía perfectamente que la vida oficial sociable y brillante reclamaba dinero.

Y ambicionaba algo más que Lord Byron, que sólo tenía cuatro mil libras de renta.

Carlos Soto, con su valor temerario, hubiera realizado en el Uruguay lo que Byron y Brummel no imaginaron conseguir: EL PODER.

Y en una forma de estrépito, de crueldad y de fanatismo por los placeres elegantes.

Pero la astucia no se domina sino con la astucia, sin solución de continuidad.

Entre astutos, la astucia debe pasar inadvertida.

Producida la menor desconfianza, el que la ha inspirado está perdido ó muerto, según la gravedad de la causa.

Julio Herrera, con mucho menos valor que Soto, sin pasiones en juego manifiesto, como un sacerdote de barba fuerte que se afeita todos los días para parecer lampiño, logró el triunfo del *dandismo* en el mando.

Los recursos de que se valió fueron desprestigiantes y abominables.

Y en consecuencia, su gobierno se concretó á convertir al demérito moral el mayor número posible de ciudadanos.

Temiendo que su persona fuese atacada, creó una personalidad adicta que inspirase temores de represalias violentas é inmediatas, y se consideró así seguro de su vida en la limitada locomoción de su persona, siempre en carruaje, con dos revólvers prontos.

Esa personalidad tiene gente electoral á sus órdenes, é inspira la idea de que á una señal ligera puede proceder con fruición y sacar del medio al que estorbare.

Arribado al mando, el astuto Julio Herrera dejó entre las espinas del camino su estimación personal hecha girones, según la crítica de la austeridad más severa; y como la estimación personal no se rehace como un cuadro de infantería que se rompe, su fondo de político y su acción de siniestro hombre de Estado es la soberbia vengativa de su propio desastre moral. Así, corromper á ciudadanos y á jueces para lograr su propósito personal de vivir y figurar, y contemplar al Ejército, donde tanto hombre de honor figura, como la columna equilibrada é inconmovible de su *dandismo brillante*, es su hilarante placer.

Como el *dandismo* es contagioso, porque es atrayente, esa situación de un hombre elegante, decidor, fingidamente bondadoso, aunque con intenciones perversas, nuestro país sufriría un fracaso definitivo, si al señor don Juan Idiarte Borda, con su cara de hombre justo, le entraran deseos de imitarle, de ser *dandi*, y se acostumbrara al agradable vicio de despreciar á todo el mundo.

El *dandismo* del colectivismo pretende convertir al actual Presidente en una figura de cera.—¿No responderá esa cara de hombre justo á las exigencias de

nuestro país, que pide á gritos verdad, extirpación de mentiras, sinceridad, preocupaciones honrosas de progreso y de orden?

S. E. Idiarte Borda tiene cara de justo. En consecuencia, debe probar que el licor responde á la etiqueta, y desmentir en parte, demostrando en parte, la escéptica (también en parte) frase de *Barbey d'Aurévilly:* « El progreso industrial caminando á convertir la raza humana en una casta de piojosos, no acabará con los fatuos; pero les quitará sus salones artísticos y los tocadores ricos, por desigualitarios y escandalosos! »

Índice.

Índice.

	Págs.
Mi prólogo	5
El concierto	13
Entrada del invierno	33
Humoradas	43
Jockey Club	49
Demostrando por la vida	61
La soirée de piano-forte	69
Parva Domus, Magna Tina	83
Roma amena	91
Para el álbum de Sarah	107
En los campos incultos	115
Dans le Bois de Viroflay	133
Defensa de las costas	141
Humorada sobre arte	151
El brillante negro	161
Presidencias	169


Digitized by Google